

A L L E G R O A G I T A T O

Segunda parte, en dos actos,

de

"MUSICA DEL SIGLO XX"

comedia de malas costumbres,

original de

ARTURO d'ESPOUEY

Personajes

(por orden de aparición)

BETTY

DAVE

MONIQUE

DUCHESNE

MADAME RICAUD

SUZANNE

AGENOR

CHUCK

MADAME LAMOLLE

MONSIEUR RICAUD

EL "FLIC"

STEVE

La acción de la pieza transcurre, entre 1945 y 1953, en París y Nueva York, con un vistazo ocasional a Frankfurt, donde CHUCK PETERS ha sentado sus reales después de la guerra.

Copyright 1960 by Arturo d'Espouey as a two-act play, "After They've San Paree": and then in 1963 as the two plays under the present title.

ACTO I

Cuadro I

El decorado es el mismo de "Preludio y fuga": la escena dividida en dos, con una salita del apartamento de MONIQUE a la izquierda y parte del "restaurant" de los RICAUD a la derecha, ambos cubiertos, cuando alguna escena tiene lugar en la calle, por un telón que representa la parte exterior del edificio.

Siempre que el escenario del teatro disponga de los recursos y espacio suficientes, la sección del "restaurant" de los RICAUD ha de ir montado sobre un pequeño plató giratorio que, al dar una vuelta completa, revela un rincón del "living-room" de DAVE y BETTY SMITH en Long Island. En este caso, la parte correspondiente al mostrador del "restaurant" estará cubierta del otro lado, en la salita de los Smith, de estantes llenos de libros y "bibelots", con un espacio reservado a una socorrida reproducción de girasoles de Van Gogh. Al dar vuelta el plató esta biblioteca quedará a la derecha; a la izquierda estará, la puerta de entrada al apartamento, junto a la cual cuelgan unos tubos de metal que, al sonar sus notas musicales cuando se toca el timbre, han de denunciar irrecusablemente la filiación norteamericana de la casa.

Si esto no fuera suficiente, los pocos muebles que hay en primer término identificarán también ese interior a primera vista como el "habitat" de uno de los "turistas de uniforme" con los que hemos trabado conocimiento en "Preludio y fuga": sillón dividido en tres partes que se unen para formar un semicírculo y tapizado con una tela de algodón de color turquesa furibunda; mesa baja, moderna, de sándalo barnizado al natural y de forma de riñón, sobre la que hay un florero lleno de azaleas o fucsias o anémonas, accesorios de fumar y toda la artillería de botellas y vasos necesarios para hacer esos "cocktails" sin los cuales la maquinaria de la sociabilidad nocturna se detendría casi totalmente en gran parte de los Estados Unidos; y a la izquierda del sillón, una de esas complicadas lámparas de pie que consisten de un farolillo blanco redondo y dos tubos de luz que cuelgan como pesas y que suben y bajan cuando se los mueve, dando la ilusión de un "confort" óptico especial.

De no disponerse del pequeño plató giratorio, todo este conjunto de sillón, mesa y lámpara deberá venir al escenario por derecha montado sobre un carro mientras descienden del techo, suspendidos de sendos pares de hilos, el esqueleto de la puerta de la habitación y el de una chime-

nea sobre la que cuelga la manoseada reproducción del Van Gogh.

En el momento oportuno, otro carro que entra por izquierda ha de transportar un gran escritorio sobre el que descansan, a derecha e izquierda, dos pilas de cajoncillos de metal (presumiblemente archivos de mano) junto a cada una de las cuales hay sendos teléfonos que flanquean un montón de papeles situado en el centro de la mesa.

En el centro, un sillón giratorio de madera desde el cual reina CHUCK como amo indiscutido del mercado negro de productos destinados al ejército. Es su despacho en un PX de Frankfurt, y para completarlo descende al fondo un esqueleto esfinográfico de puerta (izquierda) y en el centro un sonriente retrato del Presidente Truman, ambos colgados, naturalmente, de sendos pares de hilos de alambre.

PROLOGO

Estamos aun en 1945; ha terminado también la guerra en el Japón, y con ello se ha producido ese total "estallido de paz" que tanto temían por instinto algunos de nuestros personajes.

El acordeón toca una marcha de "allegro" mientras los espectadores se acomodan en sus asientos; pero al levantarse el telón y destacar un reflector en la oscuridad la figura de DAVE, sentado en un extremo de su sillón turquesa, podemos ver en su expresión que ese "allegro" es más "agitato" de lo que suponen los que lo están viviendo.

Un brazo femenino, desnudo, que sólo se ve hasta el codo, extiende a DAVE una carta. Enseguida reconocemos la voz que se dirige a él como la de BETTY, su consorte, de la que tuvimos una breve visión en los momentos finales de "Preludio y fuga".

BETTY

Para tí, querido. Esas parisienses no vueltan una presa ni a tres tirones ¿eh? (Con un sarcasmo que añade varios grados de acidez a su voz) Estoy segura de que ésta del perfume de violetas no sabe todavía que nos hemos reconciliado y reunido. Díselo, querido Dave, díselo de una buena vez. ¿Para qué mantener, después de tantos meses, las ilusiones de esa pobre mujer?

DAVE toma la carta y se la mete inmediatamente en el bolsillo de la camisa, como quien escondiera un documento culpable. Enseguida finge enfrascarse en los papeles que tiene en la mano y que estudia ceño y labios fruncidos; pero pasados unos pocos segundos DAVE mira hacia atrás, furtivamente, como quien te-

miera ser sorprendido en un acto delictuoso, saca la carta del bolsillo, rasga el sobre y se pone a leerla.

Inmediatamente el acordeón subraya la nostalgia de París que se apodera de DAVE al leer la carta recordándonos el vals de "Preludio y fuga". La expresión de nuestro amigo cambia; una sonrisa anchísima le ilumina el rostro y, después de ^{re}correr cinco o seis renglones de la carta con la mirada, suelta una risita. Al oírse, DAVE se reporta y vuelve a mirar rápidamente hacia atrás. Luego se aventura a invocar a su mujer en voz más bien baja:

DAVE

Betty. (No hay respuesta. El insiste, elevando el diapasón) ¡BETTY!

Silencio otra vez. DAVE lanza un suspiro de alivio y continúa su lectura. De repente le pasa por la cara un relámpago de furia.

¡Amante ardoroso, el conde ese! ¡Ja, ja, ja! ¡Monique lo dice para pincharme!
¡Ya querría ver qué pasa cuando están juntos en la intimidad!

CUADRO I

El acordeón hace eco a esas palabras de DAVE con tres enfáticas notas finales de la marcha y la luz del foco que destaca a DAVE se apaga de un golpe, mientras empiezan a encenderse lentamente las de la habitación de MONIQUE en París.

Varios objetos valiosos señalan ahora en ésta la riqueza aportada por el Conde DUCHESNE al casarse con su vecina. La mesa baja situada frente al diván es ahora una mesa italiana de mármol blanco con patas doradas; el vaso que había encima de ella, un florero de pesado "baccarat"; sobre la chimenea hay un reloj de bronce con porcelana y esmalte y dos ánforas de los mismos materiales; las figuras de los estantes son Meissen y Capodimonte de colección, y el diván mismo tiene un flamante forro de "chintz". Pero el caballete que contiene los dibujos de MONIQUE es el de siempre, sólo que ahora está vacío, como indicando la inactividad de su dueña.

MONIQUE, vestida con un traje de estilo de raso blanco con grandes "paniers" y un proyecto de cola, sus hermosos hombros desnudos y el escote audaz acentuando más todavía la gloria de su busto, se está poniendo frente al espejo un collar de diamantes rosa de imitación. Entra DUCHESNE de "frac", con una capa forrada de raso rojo y un "clac" en la mano.

DUCHESNE

¿Cómo se sienta mi gata esta noche?

MONIQUE

(mirándose la falda) Espléndidamente; casi a la altura de estos trapos, Bibí.

DUCHESNE

¿Y qué sensación le hace ser la única mujer de París que no ha pedido prestado su vestido de baile?

MONIQUE

De eso más vale que no hablemos. El traje no está pagado todavía; y como somos pocos y nos conocemos, apuesto mis ganancias del año a que no se pagará nunca.

DUCHESNE

(riendo) ¿Qué bien conoces mis debilidades!

MONIQUE

¿Debilidades? Tu tacañería, que pronto será proverbial en toda Francia, es una fuerza, no una debilidad.

DUCHESNE

¡Pero Minou! No siendo guapo ni talentoso, como tú, tengo que conformarme con ser relativamente rico. Ahora dime tú un poco cómo se han hecho las grandes fortunas en este mundo.

MONIQUE

Pues explotando a los que trabajan para nosotros, matando a alguno que otro aquí y allá, aunque sólo sea a disgustos, y robando luego a los clientes que tienen que hacer negocio con uno.

DUCHESNE

Perfecto; aunque te falta añadir una cosa.

MONIQUE

¿Cuál?

DUCHESNE

Una vez que uno ha hecho su fortuna, tiene que cerrar la bolsa.

MONIQUE

(riendo) Gracias por la aclaración. Después de vértelo hacer todo el tiempo, quería oírte decir. Hechos, pero también palabras. ¡Las palabras tienen su importancia!

DUCHESNE

Ya lo creo. Hace tres días que vienes hablando del frío que anuncian desde Escocia, por ejemplo. En el lenguaje de las mujeres, sé perfectamente lo que quieres decir.

MONIQUE

¡Yo hablo, pero tú te quedas mudo!

DUCHESNE

(besándola en el hombro) Es que el verdadero amor nunca encuentra palabras, gata mía.

MONIQUE

¡Amor! ¡Te casaste conmigo por mi apartamento!

DUCHESNE

Y de eso hablo. ¡Amor por tu apartamento! A tí te admiro, te venero, te deseo. Es otra cosa. Si tuviera amor por tí, se concluiría pronto, como todos los amores. Lo que yo siento por tí es indestructible. Y me ha vuelto tímido; ya no sé qué palabras emplear cuando estoy contigo. (Otro beso en el otro hombro) Por eso tengo que dejar que hablen las flores.

DUCHESNE saca un ramito de violetas de un bolsillo de su capa.

MONIQUE

¡Bibí! Con la mala reputación de modestas que tienen, ¿qué pueden decir estas pobres violetas? En cambio el visón, ahora que se aproxima el invierno, ¡ese sí que sería elocuente!

DUCHESNE

Pero tú ¿me ves cara de regalarle un tapado de visón, ya no a mi mujer, sino a una querida? ¿Un hombre de mis recursos? Eso está bien para un estudiante que no tenga en qué caerse muerto. Por lo menos para él significa algo; la estafa, el robo por amor, el lujo inalcanzable. ¡Pero yo! ¡Hablarle de visón a un hombre de mundo como yo! ¡Qué vulgaridad!

MONIQUE

Será vulgar pero abriga, y aquí en París no lo tiene nadie.

DUCHESNE

Vuélvete un poco. Déjame mirarte. Deslumbrante y sencilla como un Matisse. Pero no del todo bien; la maquinaria de tu ingenio no funciona ya como antes.

MONIQUE

Estoy cansada, Bibí.

DUCHESNE

Entonces no me lo repitas. Nada me enerva más deliciosamente que ver y sentir la languidez de una mujer. El efecto es como si me pasaran una uña por la espina dorsal.

MONIQUE

¡Por Dios! ¡A tu edad es indecente hablar así!

DUCHESNE

(ríe, luego la atrae hacia sí y la besa) ¡A qué edad se refiere Vd., querida condesa? ¿Acaso se me nota la edad cuando le hago el amor?

MONIQUE

No; pero como siga Vd. en ese tren, pronto se me va a notar a mí.

DUCHESNE

¡Ah, Minou, Minou la incomparable! ¡Eso se llama saber halagar a un hombre!

MONIQUE

Señor, le ruego que me deje tranquila. No parece Vd. darse cuenta de que trata con una convaleciente.

DUCHESNE

¿Hasta cuándo va a durar ese "chantaje"? ¿Hasta que me resigne a pagar el tapado?

MONIQUE

¡Ah, claro! ¡Como no es Vd. el que se resbaló en el baño y perdió el niño! ¡Un tremendo jastial, ya completamente formado! ¡Querría ver cómo quedaba Vd. después de un accidente semejante!

DUCHESNE

Pobre gatita mía, maravilloso adorno de mi tejado. ¡Lo que ha sufrido ella!

MONIQUE

A los que creen en los castigos del cielo, ese resbalón con caída debe haberles parecido una señal clarísima. Porque si tú te casaste conmigo por mi apartamento, yo me casé por conservar una réplica de mi americano con gusto a "Pepsodent".

DUCHESNE

¡Y mira tú dónde estamos ahora! ¡La ^{ya} pareja más ardiente de esta ciudad del amor!

MONIQUE

Ya lo ves. La vida es una paradoja tal, que ya ni siquiera se puede ser calculador.

DUCHESNE

Todo está escrito, Minou. Mi madre y mi abuela perdieron su primer hijo en la misma forma.

MONIQUE

(con expresión de sospecha) ¿Sí? ¿Y cómo era tu padre de temperamento?

DUCHESNE

Rumano, vale decir, tan apasionado como yo.

MONIQUE

Pero el aborto accidental no es hereditario ¿no? Y además se trataba de

MONIQUE (cont.)
tu madre y tu abuela, no de las mías. (Con la expresión de sospecha todavía más acentuada en su cara) Ahora que la criminalidad sí se hereda, a veces. Tú mismo me has hablado de lo que le gusta bañarse a los rumanos. ¿No se habrán aprovechado tu padre y tu abuelo de ese gusto?

DUCHESNE
¿En qué forma?

MONIQUE
Pues untando el baño de una cantidad supergenerosa de jabón para hacer resbalar a sus mujeres. Una manera como cualquier otra de intentar librarse de un obstáculo que les molestaba para hacer el amor.

DUCHESNE
(riendo a carcajadas) ¡Qué imaginación maravillosa! (Poniéndose serio de repente) ¡Pero sabes que es una idea? Si hubiéramos hablado de esto un mes antes, no sé si tu accidente habría sido tan... accidental.

MONIQUE
¡Vamos, Bibí! No te jactes de poder ser más canalla de lo que eres en realidad.

DUCHESNE
¡Bah! El filicidio de un hijo de otro, y que por añadidura no ha nacido aun, no pasa de ser un crimen puramente teórico.

MONIQUE
De todos modos, no cread que me asustas. En Francia los crímenes pasionales no los provoca una persona; los provoca invariablemente el dinero escondido en el colchón.

DUCHESNE
(riendo nuevamente) ¡Por eso! Y ahora ve a echarte una última mirada de cuerpo entero para ver lo hermosísima que estás: un ligero toque de "rouge" y otro de polvos, y llegaremos con británica puntualidad.

MONIQUE
(yendo a la puerta de foro) ¿Cuántos minutos me das?

DUCHESNE
(mirando su reloj) Quince; ni uno más.

MONIQUE
Hasta ahora, gatazo.

DUCHESNE
(con la sonrisa enigmática de sus grandes momentos) Hasta ahora, Minou.

DUCHESNE (cont.)

(MONIQUE sale) Hasta dentro de media hora, si conozco a mis clásicos.

La sigue hasta la puerta, se cerciora de que MONIQUE se ha marchado a su "boudoir", saca del bolsillo del pantalón tres fajos de billetes de cinco mil francos atados cada uno con una gomita, aprieta un botón en la pared y hace mover parte de uno de los estantes en que MONIQUE exhibe sus "hibelots", estante que se abre como si fuera una puertecilla secreta. DUCHESNE saca de allí una caja grande de madera y, después de abrirla con una llavecita, inspecciona febrilmente su contenido. Su primera mirada es de desconfianza, y la segunda de alarma; luego saca juntos todos los fajos de billetes, los cuenta casi con desesperación, los vuelve a contar y, lanzando un suspiro de alivio, los mete en la caja antes de agregarles los tres fajos nuevos.

¡Si mi gata supiera qué maravilloso toque de misterio he añadido a su "studio" al dirigir las refacciones!

Después de palmeotear la tapa de la caja como quien estimulara a un buen chico a seguirse portando bien, DUCHESNE la guarda en su escondite y cierra el estante secreto. En puntas de pie, tarareando la parte más briosa de "Paris des depaysés", se acerca luego a la entrada de ~~el~~ foro, cuya cortina es ahora de raso verde manzana con grandes borlones, y después de cerciorarse de que MONIQUE sigue dedicada a la química del "glamour", vuelve corriendo a la chimenea situada en ochava, aprieta otro botón, con lo cual mueve una de sus baldosas, y extrae de ese segundo escondite otra caja más pequeña.

Vamos a ver. A ésta hace tiempo que no tengo ocasión de echarle un vistazo. DUCHESNE mete otra llavecita en la cerradura, pero encuentra que le es imposible abrirla. Luego, después de entrecerrar los ojos y morderse el labio inferior, prueba a hacerlo con una tercera llavecita contigua a las demás en su llavero. La maniobra es infructuosa. Un sudor frío le empieza a correr por la frente. La expresión de alarma de hace un momento se acentúa hasta tal punto, que llega a parecer de terror. DUCHESNE echa miradas melodra

máticas a izquierda y derecha de la habitación, como si esperara ver surgir en una u otra parte algún "souris d'hôtel".

DUCHESNE (cont.)

¿Será posible que alguien haya cambiado la cerradura? ¡Menuda bromita! Vamos a probar otra vez con la primera llave. Calma, querido mío. Con calma se logra todo en este mundo.

La punta de la llave penetra en la cerradura. DUCHESNE le da vueltas, pero la cajita no se abre.

¡Pero esta es la llave, y esta la tiene que abrir! ¡Qué calma ni qué ocho cuartos! ¡Fuerza!

Después de tratar llave y cerradura brutalmente, la caja se abre de un golpe.

Bien, ¡Aquí tiene que estar todo! ¡Yo no le permito al destino juguetos de ninguna clase!

DUCHESNE saca un fajo de la caja y, mojándose el índice y el pulgar, cuenta los billetes con una rapidez extraordinaria. Luego mira hacia dentro.

Diez, doce, quince. Están todos. Están todos. Bendito sea Dios.

Después de besar el fajo, DUCHESNE acaricia el billete superior y, al pasar repetidamente la mano por su superficie, su expresión de placer, de posesión sexual, de éxtasis, se aproxima al orgasmo. Dan ganas de dar vuelta la cara para otra parte, pero, después de todo, uno ha pagado el precio de la localidad.

De repente DUCHESNE se da cuenta de que su tarea de inspección le ha tomado más tiempo del que pensaba. Rápidamente cierra la cajita, le echa llave, comprobando con un suspiro de alivio que al cerrar ésta funciona como Dios manda, la guarda y, apretando un botón, vuelve a colocar la baldosa en su lugar. Inmediatamente se oye la voz de MONIQUE en la puerta de foro.

MONIQUE

¡Bibí!

DUCHESNE se tambalea con el "shock" y debe asirse de la repisa de la chimenea con las dos manos para no caer. MONIQUE entra y lo ve así.

¿Qué te pasa?

DUCHESNE

Casi me haces dar un ataque al corazón. Una mujer que está lista en cinco minutos para salir a la calle...

MONIQUE

(ríe) Te quejas de puro satisfecho. ¡Vamos, vamos, andando! A mí también me gusta ser puntual.

DUCHESNE

Pues hoy no lo vamos a ser.

MONIQUE

¿Por qué?

DUCHESNE

Esta es nuestra primera salida al mundo juntos, Minou. Como no conozco aun tus costumbres, adelanté los relojes cuarenta y cinco minutos para que estuviéramos a tiempo.

MONIQUE

¿Cuarenta y cinco minutos? ¿Y qué demonios voy a hacer aquí contigo 45 minutos si con este vestido no puedo ni sentarme?

DUCHESNE

Empezaremos por quitarlo por un rato; esa es una de las artes que yo domino mejor. Y después... después... tendremos que recurrir un poco a nuestra imaginación ¿No le parece, gata querida?

DUCHESNE vuelve a besarla en el hombro. MONIQUE ríe como una mujer súbitamente despierta al amor y sus juegos, y luego lanza un furibundo maullido. DUCHESNE repite el suyo, el inimitable, tímido, inquisitivo, poético, waltdisneyano maullido que le hemos oído ya una vez. Blackout.

CUADRO II

Las luces se encienden lentamente en la salita y encuentran a DAVE acabando de leer con expresión colérica la carta de MONIQUE.

DAVE

¡Amante ardoroso! ¡Bah!

Las campanas de la puerta se agitan y sueltan sus notas hollywoodenses. Guardándose airadamente la carta en un bolsillo, DAVE va a la puerta, la entreabre, re-

coge un paquete que le extiende una mano invisible, firma un recibo que se le extiende junto con el paquete y lo devuelve con una moneda que saca de su bolsillo. BETTY ha salido, a escena por derecha y lo mira hacer, levantando una ceja.

BETTY

¡Un momento! ¡Yo no he hecho ninguna compra esta semana! Debe ser un error.

DAVE mueve rápidamente la mano varias veces, como para ahuyentar al mensajero que ha traído el paquete, y, cerrando la puerta de calle, se enfrenta con su mujer.

DAVE

No hay error alguno, señora. El paquete es de Bergdorf Goodman y dice claramente: Mrs. Betty L. Smith.

BETTY

¿Y dice también Great Neck? Fíjate. A lo mejor hay otra Betty L. Smith en Manhasset. A menos que... a menos que...

La sombra de una sonrisa vuela por sobre los labios de DAVE.

¡¡ David Augustus Smith !! ¡Marido insensato! Este no será otro de tus regalos ¿eh? ¡Porque si es, lo devuelvo enseguida! ¡Miles necesita "swaaters" para el invierno! ¡Las sillas necesitan forro todas! ¡El perro necesita un abrigo de piel!

DAVE

¿Y Vd., señora, no necesita otro?

BETTY

¿Yo? ¡Si andamos siempre metidos en el coche! ¿Para qué quiero yo pieles? Entre una tienda y otra hay apenas cinco pasos. Además, con esta calefacción dan ganas de andar desnuda en casa todo el día.

DAVE

A lo mejor esto es un premio que Vd. recibe por haber participado en algún concurso.

BETTY

Ni hablar. He participado en uno de recetas de pasteles. Pero los premios son una excursión al Taj Mahal para tres... una casa de 25 dormitorios en Nueva Inglaterra... un avión particular... cositas así. Nada que pueda venir de una tienda.

DAVE

Y sin embargo, aquí están tu nombre y dirección, bien claros por cier-

DAVE (cont.)
to. (Pausa) ¿No vas a abrir el paquete? (Otro silencio) ¿Ni siquiera por curiosidad?

BETTY
¡Tú estás loco! ¡Esto es obra tuya! Y apuesto a que es un tapado de visón. ¡Visón! ¡La última cosa que querría tener en mi vida! ¡Trae para aquí!

Desata la cinta de seda rosa que, atada solamente en las esquinas de la caja, le da un aspecto tan elegante y neoyorkino y extrae de ella un suntuoso abrigo... de visón.

¡Visón azul! ¡Y salvaje! ¡Visón con todos los agravantes! ¡Explíquese inmediatamente, David Augustus Smith! ¿Qué significa esta barbaridad?

DAVE
Sencillamente, señora, lo que preconizan los anuncios. "Dígalo con flores - dígalo con perfumes - dígalo con visón".

BETTY
(como una furia) ¿Y qué pasa con las palabras? ¿Ya no se puede decir nada con palabras?

DAVE
¡Yo no soy ningún Clark Gable!

BETTY
Hmm. Clark Gable lo diría con la mirada.

DAVE
¿Pero tú concibes que un hombre, en pleno 1945, después de haber empezado la era atómica, como la llaman los diarios, le diga a su mujer "Te amo"?

BETTY
¡Claro que lo concibo! ¡Es lo que todas las mujeres estamos esperando oír siempre, siempre, en todas las eras! ¡Si tú supieras qué feliz me harías entrando en casa con un ramito de violetas en la mano y diciéndome al oído: "Te amo"! ¡Mucho más feliz que con esas pieles escandalosas! ¡Ja! ¡Un abriguito que debe haber costado por lo menos su buen par de miles de dólares!

DAVE
(tomándola de la cintura y sacudiéndola con furia) ¡Muy bien! ¡Te amo!
¡Te amo!! !!TE AMO!!!

BETTY

(empujándolo) ¡Y eso es lo que aprendiste con tu francesa? ¡Qué vergüenza! ¡Pensar que yo soñé verte regresar hecho un amante europeo de hora de crepúsculo, lleno de besamanos, de palabras dulces; un hombre de esos por los que suspiramos todas las mujeres de América!

DAVE

¡Pues ya te puedes largar a buscar por ahí ese amante ideal; verás qué pajarraco resulta en la cama! (Le quita el abrigo de la mano y lo tira sobre el sofá) ¡Y en cuanto a estas malditas pelambres, las voy a devolver enseñada!

BETTY

¡Harás muy bien! De otro modo ¿con qué ibas a pagarlas, eh?

DAVE

¿Y a quién le importa eso? El dinero se ha hecho para que ruede, para gastarlo, para que todos lo disfruten! ¡Sólo las mujeres pueden pensar lo contrario: porque se creen que van a vivir 250 años! ¡Y lo peor es que en la mayoría de los casos es verdad!

BETTY

¡Pues los hombres actúan como si se fueran a morir a los 45!

DAVE

¡Y nos morimos, reventados, por hacerlas felices a Vds.!

BETTY

¡Sí, comprando siempre todo a crédito! ¡Para vivir con el Jesús en la boca! ¡No, ese modo de vivir no se ha hecho para mí! Tú juraste...

DAVE

Sí, juré, pero esta vez lo único que quería era festejar mi aumento de sueldo.

BETTY

¡Haberlo dicho antes! ¿Cuánto?

DAVE

Quinientos dólares.

BETTY

¿Anuales?

DAVE

¿Estás loca? ¡Mensuales!! ¿Tú te das cuenta de la diferencia? Yo sí; por eso te compré el abrigo. El visón es un símbolo de ascenso en la escala social. Aunque haya sido comprado a crédito, como el tuyo. Y lo que intenta-

DAVE (cont.)

ban decirte estas pieles de porquería, aunque tú no las hayas dejado hablar, es: "¡Dave tiene lo que quería! ¡Ya está en Madison Avenue, y es subdirector a partir de hoy!"

BETTY toma el abrigo y lo acaricia.

BETTY

¿Es posible? ¡Corazón! (Pausa) ¡Queridísimo! (Pausa) ¡Corazón queridísimo!
¿Es posible?

DAVE

¡Sí señora! ¡Y tan posible! ¡Aquí salgo yo al ancho mundo de Manhattan, a la conquista de mi primera úlcera!

BETTY ríe y lo abraza.

BETTY

¡Pero mi amor! ¿Por qué no me dijiste que el abrigo era un símbolo? Yo he tenido siempre una reverencia enorme por todos los símbolos. Lo llevaré toda mi vida, y aunque sea lo que usan todas las prostitutas de Hollywood, no importa. ¡No importa, mi amor! ¡En esta vida hay que saber sacrificarse!

Las luces se apagan lentamente sobre el "clinch" conyugal y, en la oscuridad, tres personajes invisibles cruzan corriendo la escena de izquierda a derecha, portando sendos carteles sobre los que se ha dibujado con pintura fosforescente de colores diversos los números "1946", "1947" y "1948".

Al reencenderse las luces sobre el "restaurant" de los RICAUD, Madame LAMOLLE avanza hacia el mostrador mientras Madame RICAUD sale de éste para saludarla.

Madame RICAUD, un poco más fondona que cuando dejamos de verla, conserva el mismo peinado histórico, pero la cinta de terciopelo destinada a ocultar la arruga de su cuello se ha transformado en cinco hileras de grandes perlas de fantasía: dos rosa, una gris y dos marrones, enlazadas en la nuca con una cinta de terciopelo de este último color.

La transformación de Madame LAMOLLE es mucho más asombrosa. La cara gris, bañada por el sol de la Riviera, ha adquirido ahora un tinte salmón oscuro, y el pelo gris se ha convertido en una aureola de rulitos rubios

que en cierto modo recuerda las épocas de gloria de Shirley Temple. Sobre este suceso de la química moderna Madame LAMOLLE ha colocado una gran rosa roja sujeta por una redcilla de tul que le cubre parte de la cabeza y está atada casi en la nuca.

En el "tailleur" negro con solapas de terciopelo y chaquetilla corta que lleva ha prendido Madame LAMOLLE a su vez una de esas imágenes de polimerización hechas de cristal que en nuestra época han llegado a abolir casi la idea de una verdadera joya, tan brillantes y refinadas de forma son. La cartera, guantes y zapatos de becerro negro son los otros síntomas concluyentes, aunque discretos, de su prosperidad actual.

MADAME R.

¡Querida Madame Lamolle! ¿Otra vez aquí, en pleno drama? ¡Pero si no parece que hubiera pasado un mes de su última visita!

MME. LAMOLLE

(besándola en ambas mejillas) ¡En pleno drama, sí! ¡No lo sabe Vd. bien! ¿Ha venido mi hija?

MADAME R.

Todavía no.

MME. LAMOLLE

¡Mire que darme cita en un lugar público como éste! Siento abusar de su confianza, Madame Ricaud.

MADAME R.

No tan público, querida. Tenemos el derecho de rechazar a los clientes que no nos parezcan aceptables. Y no crea Vd. que no me dan ganas de ejercer ese derecho más de una vez. Hay muchas noches que aquí no se ve más que extranjeros. Ni una sola cara de francés; ni una sola expresión sólida e inteligente de un compatriota de una.

MME. LAMOLLE

Tanto sacrificio que nos ha costado la guerra y tantos millones de dólares que nos dan por día los americanos... (¿cuántos, nueve?)...

MADAME R.

Que nos dan, no; que nos prestan. Esos no dan nada, por lo menos oficialmente, si no sacan el doble.

MME. LAMOLLE

Bueno, tampoco se ha visto que nosotros regalemos nada a nadie ¿no? Tanto

¿pág. 16?

MADAME R.

Pues no se le nota.

MME. LAMOLLE

Las dos últimas veces he debido echar de mi piso a secretarias de la Unesco, una con un hijo muy mono, de padre desconocido.

MADAME R.

Sí que es triste.

MME. LAMOLLE

Pero la Unesco es internacional, y de todos modos, da gusto ver que en otros países, que una cree salvajes, se postulan ideas avanzadas, como la de la madre soltera.

MADAME R.

Condinero... se puede postularlo todo. Esas chicas ganan medio millón de francos al mes, según dicen. Lo mismo que las estrellas de cine. Y sus jefes de dos a tres millones. ¡Pues que paguen! Yo les hago pagar.

MME. LAMOLLE

¡Y pagan, claro! Pero se exagera mucho sobre lo que ganan.

MADAME R.

¡Que vayan al mercado negro! ¿No les pagan en dólares?

MME. LAMOLLE

No. Tampoco eso es verdad.

MADAME R.

Hmm. Me parece que esos extranjeros le están dando vuelta la cabeza, Madame Lamolle; ya se cree Vd. todo lo que le dicen. Yo no; patriota hasta el fin.

MME. LAMOLLE

Yo también; pero cuando me miro en los ojos de mi Jean-Loup, que es polaco... pienso que no todo el resto del mundo es tan inculto como creemos. Este color de pelo, por ejemplo, es idea de él.

MADAME R.

Conque Jean-Loup, ¿eh? Debí habérmelo imaginado. La felicito.

MME. LAMOLLE

(suspira) Un poquito joven para mí - treinta y un años - pero serio, fiel, generoso.

MADAME R.

¿Generoso? ¿Para tanto dan los ochenta mil francos al mes?

MME. LAMOLLE

No me dé esas bromas que la cosa no está para bromas, Madame Ricaud. ¡Si no hubiera[^] congelado los alquileres en París, me habrían tenido que con-

MME. LAMOLLE (cont.)

gelar a mí!

MADAME R.

Pues en caso de apuro grave, es una idea. Dice mi Agénor que no está lejano el día en que el hombre, asqueado del mundo en que vive, podrá pedir que lo metan en un bloque de hielo y lo despierten en el año 2050.

MME. LAMOLLE

¿Para qué? ¿Para morir inmediatamente de un ataque al corazón? ¡Bah! Cuanto más se civiliza el hombre, peor se pone. ¡Imagínese a alguien congelado hace 100 años y que despertara ahora! ¡Se volvería loco!

MADAME R.

¡Yo misma siento que me puedo volver loca en cualquier momento! Y eso que he nacido en este siglo.

MME. LAMOLLE

¿En este siglo? ¿De veras?? ¡Qué interesante!

MADAME R.

No me dé esas bromas, Madame Lamolle, que tampoco en mi caso está la cosa para bromas. Le puedo mostrar mi partida de nacimiento, si no lo cree.

MME. LAMOLLE

Lo creo. Pero el negocio de "restaurant" debe ser muy cansador, porque hay días en que no se diría que es Vd. tan joven.

MADAME R.

¡Eh! estar de pie el día entero sirviendo a los demás no es lo mismo que pasárselo en posición horizontal con algún polaco que le lea cuentos de hadas a una ¿no?

MME. LAMOLLE

(echa a su interlocutora una mirada fulminante, pero enseguida resuelve pasar por alto la "indirecta" y sonreírle de una manera sibilina) Por eso mismo, cuando tengo que regresar a París y pasar un rato desagradable con mis inquilinos, pienso que de todos modos este medio de vida mío no es tan penoso como parece.

MADAME R.

Y lo sería menos aun si los que lo practican se gastaran unos cuartos en darle una mano de pintura a las paredes, o por lo menos arrancar las tiras de papel que se vienen cayendo a pedazos desde hace cincuenta años...

MME. LAMOLLE

¡Ah, no, eso nunca! ¿Para que se beneficie el dueño? ¡Antes muerta! Sabe Vd. muy bien que, por principio, estoy y estaré siempre contra el capitalismo, mi querida Madame Ricaud.

Sobre estas palabras cae el telón de gasa que representa la fachada del edificio, mientras las luces se van apagando lentamente al decir

MADAME R.

Vicio muy común entre los que nunca han tenido ningún capital.

CUADRO IV

Las luces vuelven a encenderse, y al hacerlo sorprenden a SUZANNE, que viene corriendo por izquierda, con un amplio abrigo gris, un gorro de lana tejido a mano - con un pompón colgando - guantes grises, también tejidos a mano, y botas negras. La voz de AGENOR la detiene en su carrera.

AGENOR

Mademoigelle!

SUZANNE se vuelve. Entra AGENOR, también por izquierda, montado en su bicicleta, que detiene junto a SUZANNE. Mire quién viene por allí.

Se vuelve hacia la izquierda y señala con el índice a alguien que viene de esa dirección.

SUZANNE

¡Chuck! ¡Lo único que faltaba! ¡Yo no quiero verlo! ¡Perdón!

Hace un movimiento como para seguir hacia la derecha y entrar en el "restaurant" de los RICAUD.

AGENOR

Mademoiselle! El teniente me dice que ha corrido por lo menos diez cuabras para alcanzarla. ¿No le da lástima?

SUZANNE

¡Yo no quiero verlo! ¡En este momento menos que nunca! Mi madre me espera ahí dentro para hacerme una escena. Con una escena basta ¿no?

AGENOR

Pero mademoiselle, ¿ha olvidado ya todo lo que Monsieur Chuck hizo por Vd.?

SUZANNE

El que hace algo por nosotros se está dando un gusto a sí mismo.

AGENOR

Y el amor es el más egoísta de los sentimientos, etc. ¡Frases! Monsieur Chuck la quería. ¡Hay muy poca gente en este mundo capaz de querer!

SUZANNE

¡Qué sabe Vd. de eso! ¡Siga dedicándose a la vida amorosa de los insectos y deje a la gente en paz.

SUZANNE da un paso más hacia la esquina.

AGENOR

Mademoiselle! Dígale por lo menos "hola" antes de que caiga muerto a sus pies.

SUZANNE se vuelve hacia la izquierda y mira por un instante hacia fuera.

Y otra cosa. Ahora estudio fisiología ¿sabe? Hoy días en que el hombre me parece casi tan interesante como los insectos. No será el más inteligente de los animales, de acuerdo; pero tiene dentro una máquina fascinadora.

SUZANNE, inesperadamente, se ocha a reír.

Espera un momento.

AGENOR hace mutis, corriendo y arrastrando su bicicleta, por el foro, mientras - corriendo también - entra CHUCK por izquierda, con su uniforme de teniente cubierto por un capote color oliva. El gorro en la mano, jadeante, sudoroso, despeinado, el recién llegado ofrece un espectáculo patético y conmovedor.

CHUCK

(mirando a SUZANNE con ojos de carnero degollado) Baby.

CHUCK se quita el capote y lo tira al suelo junto con el gorro. Con los brazos extendidos a los lados del cuerpo, se pone a hacer un ejercicio respiratorio en puntas de pie, que consiste en una profunda inspiración de aire por la nariz levantando los brazos lateralmente hasta que caen a plomo desde lo alto de su cabeza mientras expira con tremebundo ruido el aire de sus pulmones y baja los pies hasta que la planta de éstos se apoya totalmente en el suelo.

SUZANNE

(mientras CHUCK se entrega a todos esos movimientos) ¿Para qué me has seguido? ¿Qué esperas de mí? ¿Qué quieres? Hace media hora mi novio y yo nos apuntamos en el Registro Civil. Me caso el martes que viene ¿sabes? Y es irrevocable.

CHUCK

(que acaba de soltar el aire) Roger.

SUZANNE

No, no es con Roger.

CHUCK, que comienza a repetir el ejercicio, la mira con ojos aterrorizados, pero no dice palabra.

SUZANNE

¡¡No!! Con Roger rompimos el compromiso poco después del armisticio, a los quince días de volver él de Salzburgo.

CHUCK, que en ese momento tiene los brazos en alto, se agarra la cabeza con las manos. Luego la sacude repetidamente de derecha a izquierda, como diciendo "No es posible". Pero SUZANNE sacude la suya de arriba a abajo, reiterando que sí lo es.

Roger, que mientras estuvo en Londres lo odió, luego se moría por volver. Ahora está allí de locutor en la BBC, casado con una inglesa con cara de papa hervida.

CHUCK

(antes de volver a inspirar aire) Entonces (señalándola a ella con el índice) ¿¿con quién??....

SUZANNE

(mientras CHUCK empieza a hacer su ejercicio por tercera vez) ¿Yo? Con un hombre de más de cuarenta años que se dedica a los negocios. Un hombre serio, de peso. Lo que necesito.

CHUCK, expirando el aire, hace todavía más ruido que las veces anteriores. Una vez que le ha salido de los pulmones la última gota de aire, al volver a hacer una inspiración se le escapa un sollozo que lo inmoviliza.

Sigue tu ejercicio, Chuck. Todavía no estás bien.

AGENOR entra en escena por foro con una silla del "restaurant" en una mano y un vaso de "cognac" en la otra.

AGENOR

(con su mecánica animación de costumbre, poniendo la silla detrás de CHUCK para que éste se siente) Teniente Peters. ¡Preparen, apunten, fuego!

Al decir AGENOR "fuego" CHUCK cae tambaleándose en la silla, como si efectivamente se hubiera producido sobre él una descarga cerrada de fusilería.

Ebábase esto y va a ver cómo resucita de inmediato.

CHUCK sacude la cabeza negativamente.

¡Táme, teniente! Lo pago yo.

Y por la fuerza le hace beberse un par de tragos.

AGENOR (cont.)

Siento haber demorado. Madame Ricaud no quería dejarme sacar nada. Pero me salí con la mía. Con las mujeres ¡leña no más! ¡Duro! Es la única manera de que marche el mundo.

SUZANNE da unos pasos hacia AGENOR, le quita la copa y bebe otros dos tragos de "cognac".

Con permiso.

AGENOR vuelve a salir corriendo por foro.

SUZANNE

(depositando la copa en manos de CHUCK) Cuando puedas hablar, espero que digas con qué derecho vuelves a mí.

CHUCK

(que pese a sus ejercicios, apenas puede respirar aun) Baby.

SUZANNE

¡Qué baby ni baby! Te pregunto con qué derecho vuelves. Desde el Jura te escribí seis cartas. Todas me fueron devueltas sin abrir.

CHUCK

(aspirando aire y soltando la sílaba con gran esfuerzo) Inés...

SUZANNE

¡Ah! había una Inés en juego. Así la cosa se explica un poco.

CHUCK

(sacudiendo la cabeza) Inex... periencia.

SUZANNE

¡Pero las cartas las recibiste!

CHUCK mueve grave y despaciosamente la cabeza de arriba a abajo.

¿Y dónde has estado? ¿Todo el tiempo en Frankfurt?

CHUCK vuelve a mover afirmativamente la cabeza.

¿No anunciaste truculentamente que te volvías a los Estados Unidos en el mismo avión de Dave?

CHUCK

Borra.

SUZANNE

Yo no borro nada.

CHUCK

¡Borra!

SUZANNE

O mejor dicho, sí borro. Borro y hago cuenta nueva. Por eso te pido que me dejes en paz.

CHUCK

Chera.

SUZANNE

¿Quién es Chera?

CHUCK

Borra-chera.

SUZANNE

¡Ah, tu borrachera de aquel día! (Ríe amargamente) Por Dios, Chuck. Este no es momento para hablar con cuentagotas. ¿Cómo quieres que una chica espere tres años a un amigo que lo devuelve seis cartas, una tras otra, y luego no da más señales de vida?

CHUCK

(haciendo un gran esfuerzo, pega una especie de bramido) ¡MMMM!

SUZANNE

No te esfuerces en contestar, porque eso no era pregunta; era un reproche. Hace ya un año y medio que mamá se fue a vivir a la Costa Azul, a la pensión de una vieja amiga. Seguir aquí en el teatro, sola y casi sin dinero, es muy duro ¿entiondes? Pgr eso me caso.

CHUCK

(en un grito, por miedo de que se le ahogue alguna sílaba) ¡Sin amor!!

SUZANNE

Sin amor... pero con mucho afecto. Eso, de mi parte. Thierry me adora. No creo que yo me enamore nunca de nadie, y francamente, no lo veo como una tragedia tan grande. De todos modos, la mayor parte de la gente muere sin haberse enamorado nunca.

CHUCK

(extendiendo los brazos) ¡Baby!

SUZANNE

Me he curado gracias a tí, a tu generosidad. Y Thierry lo sabe. Dame tu dirección ¿quieres? (CHUCK saca de su bolsillo una tarjeta y se la extiende. SUZANNE la mira.) Gracias. Te mandaremos una invitación a la boda. Eso, naturalmente, siempre que prometas no venir. Adiós, Chuck. Si me quedo un minuto más aquí, a lo mejor aflojo ¡y no estoy dispuesta a aflojar!

SUZANNE sale corriendo por foro derecha. CHUCK se toma el resto del "cognac" y, recogiendo con la otra mano su capote y su gorra, sale tambaleándose visiblemente detrás de SUZANNE.

Las luces se desvanecen y, mientras se levanta el forrillo de gasa, el acordeón recuerda fuera de la escena el estribillo de "Paris des depaysés". Al hacerse nuevamente la luz encontramos a SUZANNE dentro del "restaurant" dando la mano a Madame RICAUD, luego de lo cual, un poco distraídamente, besa a su madre.

SUZANNE

Mamá, sin prolegómenos, porque los detesto, te comunico que esta tarde Thierry y yo nos apuntamos para casarnos.

MME. LAMOLLE

¿¿Cómo??

SUZANNE

Todo lo que digas es inútil.

Entra CHUCK, abrastrando la silla que le llevara AGENOR.

MME. LAMOLLE

¡Jesús! ¡Una bomba tras otra! ¿Qué hace éste aquí?

CHUCK

Buenas...

Y sin completar la frase, se desploma en su asiento.

SUZANNE

Ha venido corriendo tras de mí, cuádras y cuádras. Está que no puede hablar.

MADAME R.

(acercándose a él) Monsieur Chuck. ¡Qué gusto volver a verlo!

CHUCK se pone de pie, le estrecha las manos y vuelve a caer en el asiento.

¿Quiere algo? ¿Qué podemos hacer por Vd.?

MME. LAMOLLE

¡Los ejercicios respiratorios que se hacen a los ahogados! ¿no?

SUZANNE

¡Por Dios, mamá!

MME. LAMOLLE

¡Algo hay que hacer por él! (Mirándolo) ¡Bonito escudo te has traído para soltarme la noticia!

CHUCK

Agua.

MADAME R.

Enseguidita.

MADAME R. (cont.)

Pero no, será mejor una Coca-Cola. Después de todo, se trata de un americano. Sirve la bebida, la trae de inmediato a la silla donde está CHUCK y se la da. CHUCK se la bebe de una vez, despaciosa, concienzudamente, seguido con la mirada por las tres mujeres. Una vez que el líquido ha cambiado totalmente de recipiente, CHUCK se levanta con aire emprendedor y se dirige a Madame RICAUD, a la que se ^{larga} a hablar a una velocidad verdaderamente torrencial.

CHUCK
Muchísimas gracias, Madame Ricaud. Aquí no ha cambiado nada, y Vd. menos.
(Risita complacida de la interfecta) Sentirme de vuelta me pone muy contento.

CHUCK mira a MADAME LAMOLLE.

¿Quién es esta señora, la madre de Thierry?

MME. LAMOLLE

¿¿Cómo?? ¿Yo, madre de un hombre de mi misma edad?? (A SUZANNE) Este tampoco ha cambiado; sigue siendo el mismo bruto de siempre.

CHUCK

(reconociéndola por la voz) ¡Tu madre! (Llevándose ambas manos a las mejillas) ¡Mi madre!

MME. LAMOLLE

¡La de ella, la de ella; la suya, jamás!

CHUCK

Susie, oh baby. Hace tres días que recorro París buscándote como un loco.

SUZANNE

¿Recién te acuerdas de buscarme? ¿Después de tres años?

CHUCK

Vine dos veces antes. Pero por orgullo - por el maldito orgullo - intenté convencerme de que te había olvidado. ¡Estaba loco! ¿Cómo podía olvidarte nunca? Y cuando llegué a tu casa anteayer me encontré con una vietnamesa, o indochina, o cambojiana, o qué sé yo (son países que cambian de nombre y de ubicación todas las semanas). Me dijo que ya no vivías allí. Yo pedí detalles; la mujer me sonreía todo el tiempo y decía "no, no, no". Cuanto más desesperado me veía, más sonreía. ¡Qué gana de pegarle una bofetada!

MME. LAMOLLE

Son así. Es su manera de compadecerse de uno.

CHUCK

¡No ve! ¡Después quieren que nos entendamos y que haya un mundo solo!

MADAME R.

(suspirando) Ecco il problema. (Pequeña pausa) Bueno, los dejo, porque tendrán mucho que discutir.

MME. LAMOLLE

(arremangándose mientras Madame RICAUD hace mutis por el foro) ¡No por mi gusto! ¡Pero cuando una viva entre locos!

CHUCK

Oh, Susie, baby, por lo menos mírame. ¡El cielo está contra mí, pero por lo menos mírame! La portera me dijo que estabas en París y que, según sus noticias, no te habías casado. El corazón se me puso a bailar una guaracha dentro del pecho. En la Asociación de Actores tenían tu nombre... y una dirección vieja. El corazón me dejó de latir. Vine a ver a Monique en busca de alguna pista; pero está en Londres haciendo los trajes para una película. Sentí una punzada horrible en todo el lado izquierdo del cuerpo. Finalmente, ayer volví aquí, al "restaurant", pero era el día de cierre. Todo el tiempo corriendo contra el destino sin saberlo, como alguien a quien le ponen una bomba en la maleta cuando sale de viaje. Y ahora te encuentro, pero te acabas de apuntar en el Registro Civil. ¡No hay derecho! ¡En este mundo no existe la justicia, maldita sea!

CHUCK tira su gorra al suelo.

MME. LAMOLLE

No desespere. Todavía no está casada.

CHUCK

(mirándola con asombro) ¿Qué me quiere dar a entender con eso? ¿Acaso es Vd. mi aliada?

SUZANNE

¡Basta! ¡Ni lo sueñen! ¡Yo me caso con Thierry aunque se hunda el mundo!

MME. LAMOLLE

¡Y se hundirá lo más, porque ese tipo lo único que busca es separarnos!

SUZANNE

¡Pero tiene razón, mamá! ¡Es un hombre serio! ¡Quiere un hogar serio! ¿Cómo va a traer a vivir con él a una suegra que a los cincuenta años pasados...?

MME. LAMOLLE

(interrumpiéndola) ¡Shhh!

SUZANNE

... empieza a teñirse el pelo color de rosa y a estudiar polaco por correspondencia?

MME. LAMOLLE

La culpa no es mía. La culpa es de los descalabros económicos del mundo actual.

CHUCK

Susie, baby, no te eches años encima. ¡No te cases con ese hombre! Nos iremos a Frankfurt y de ahí a los Estados Unidos. Cualquier cretina con un po-

CHUCK (cont.)
co de acento puede triunfar allí.

SUZANNE
¡Gracias!

CHUCK
No es eso lo que ~~me~~ quise decir, ¡por Dios! ¡Pero el mundo es tuyo, baby!

SUZANNE
El mundo nunca es de una. No nos adaptamos al mundo. Peer Gynt supo que habría hecho mucho mejor quedándose en su rincón.

MME. LAMOLLE
(a CHUCK) ¿Me permite? Todavía no he podido contestarle a esta jovencuela.
(A SUZANNE) Yo estaba bien como estaba. Pelo gris, cara gris, vida gris. Pero la vida, además de gris, se puso tan cara que no tuve otro remedio que irme de esta bendita ciudad. Y donde brilla el sol y se tiene unos francos extra disponibles ¡todo cambia! ¿Qué culpa tengo yo? ¿Por qué no voy a usar el pelo como se me antoje? ¿Cuándo te enseñé yo a vivir burguesamente? ¡Dí!

SUZANNE
¡Nunca! ¡Ahí está la cosa! A fuerza de no comer y de estar siempre oyendo cosas absurdas, al terminar la guerra me vino una gana terrible de vivir en una casa convencional, con gente que ~~piensara~~ como los demás...

CHUCK
¿Tú? ¿Y dónde están tus sueños? La gente convencional no es pura.

MME. LAMOLLE
Bonito programa, casarse con un hombre que, cuando esté yo de visita, me haga pagar por cada llamada telefónica que haga. ¡A mí, a tu madre! Porque eso es lo que pasa en las casas burguesas cuando la gente no nada en oro. La madre le cobra a la hija y la hija a la madre. ¡Una gentuza!

CHUCK
(a SUZANNE) Yo tengo todo el dinero necesario para instalarnos en una casa tan grande que la mitad sea burguesa y la otra mitad se pueda llenar de existencialistas de los que nunca se peinan, con tu madre a la cabeza si le gusta.

SUZANNE
¿Sí? ¿Y cómo? Porque nadie gana una fortuna a los 26 años. ¡Ni siquiera en los Estados Unidos!

CHUCK
Y... me he adaptado a Europa... he abierto los ojos... ¡Todos aprendemos con los años!

SUZANNE

¡Pero cómo, cómo, si no has salido del ejército?

CHUCK

Como me lo enseñaron aquí todos los que querían cosas de mercado negro. Empecé a traficar aquí en París por tí, para tí.

SUZANNE

¡Pues hiciste mal! ¡Yo nunca quise ni pedí nada!

CHUCK

Lo necesitabas, y así son las cosas. Una vez que se adquiere una técnica, un estilo, y que la suerte lo espera y le guiña a uno, ¿qué se va a hacer? Uno puede nacer tonto, pero no tiene derecho a seguir siendo tonto toda la vida.

SUZANNE

(con las lágrimas en los ojos) ¡Qué horror!

CHUCK

Otra cosa. Puedes creermelo o no, como quieras, haby; pero en todo este tiempo, aun convencido de que te había olvidado, te he seguido siendo fiel.

Madame LAMOLLE suelta una carcajada.

MME. LAMOLLE

Perdón, teniente. Me olvidaba de que ahora éramos aliados.

CHUCK

No hay de qué, señora. (Con sarcasmo) Comprendo perfectamente su risa, pero a ciertas formas de tontería - la fidelidad, la castidad - le tiene uno a veces más apego que a otras.

SUZANNE

¡Y qué me importa tu fidelidad! ¡A ver si entiendes de una buena vez que nunca puede uno imponer su amor a los otros!

Sale corriendo por derecha.

CHUCK

(que la sigue también corriendo) ¡Baby! ¡Baby!

MME. LAMOLLE

(acercándose a la puerta y gritándole) ¡Pierde el tiempo! ¡Hasta este momento creí que se la podría convencer, pero está decidida! ¡Yo la conozco como si la hubiera parido! (Bajando la voz y para sí) ¡Pero qué estoy diciendo, si la he parido! Ahora que, ¡si lo supiera mi Jean-Loup!

El apagón de las luces es rápido y completo. En la oscuridad, el acordeonista subraya, con el estribillo

del vals, la tensión sentimental del momento. Un foco se lanza a buscarlo por la escena a oscuras, lo localiza y lo sigue por un par de pasos. Luego revolotea por escena hasta encontrar la figura de MONIQUE, sentada frente a un secretaire en su apartamento y envuelta en una bata de terciopelo con encaje.

CUADRO V

MONIQUE está escribiendo una carta y, a medida que la pluma se desliza por el papel, repite las sílabas que va trazando.

MONIQUE
"... fu- ti- li- dad". (Reñee de corrido) Porque pese a todos los contratos y los éxitos, la vida, sin el gusto a dentífrico que tenían tus labios, me parece de una pavorosa futilidad.

Deja la pluma sobre el secretaire y da vuelta el pliego hasta reencontrar el comienzo de la carta.

"Dave queridísimo:" (Para sí) Vaya a saber qué ideas se hace con este encajamiento. No importa. ¡Ya estoy harta de mentirle! (Volviendo a su lectura) "Aunque hace tres meses que no recibo ni una postal tuya, hoy que tengo un rato libre me propongo charlar un poco contigo. La salita está muy cambiada - todo el apartamento lo está- y hace tres años ya que nadie se sienta aquí y pone al mismo tiempo los pies sobre la mesa. A la casa le faltan esa alegría, esa risa irresponsable y bendita de Asociación Cristiana de Jóvenes que tú traías al entrar. Dios sabe cómo, en plena época existencialista, necesitamos de una inyección de vitalidad infantil, de simple gusto visceral de vivir, como los que tú tienes sin darte cuenta.

Las comidas sardanapalescas de Duchesne y las noches interminables de amor con él me tienen frita. ¡Y yo que creía que la sensualidad era una virtud! Mi conde va a acabar por convencerme de lo contrario, tan barroco y lleno de sombras rojas se pone todo cuando aparece.

¡Ah, Dave, si supieras qué irreconocible está París! Ya nadie cree en la falacia de que Londres tiene el clima más horrible del mundo y que en los Champs-Elysées los castaños están perpetuamente en flor: ahora todos reconocen, aun sin decirlo, que el clima es igualmente insoportable en los dos sitios, y que la primavera de París debe ser invento de algún compatriota - y más precisamente de algún colega - tuyo. (Al decir esta frase MONIQUE sonrío)

MONIQUE (cont.)

"Nadie se viste ya de etiqueta para ir a ninguna parte; los besos que los enamorados se dan en las esquinas son tan distraídos, casi tan obligatorios, y hablan tanto de tradición y de rutina, en vez de hablar de amor, que parece que la Municipalidad les pagara para dárselos; las canciones populares evocan parejas de niños ahogados cuyos cadáveres, como globos violetas, flotan en el Sena.

Todo el mundo parece vestido de luto. Las chicas llevan blusas negras, pantalones negros, finos y tajantes como un cuchillo, y unos pelos sueltos de brujas. Se va a Saint-Germain des Près a ver estudiantes peruanos o irlandeses o sudafricanos que están encantados con la moda local de no bañarse, porque si tuvieran que bañarse se arruinarían. El que alquila un cuarto por una semana deja dormir dentro ^a diez o doce de sus amigos. Y cuando uno ve los sarapes o los kimonos que se echan encima para llamar la atención, piensa qué bueno sería haber vivido en los tiempos de Rodolfo y de Mimi.

Son existencialistas; vale decir, que se conforman con existir. Pero yo quiero vivir, my darling, ¡vivir! Los días en que te echo terriblemente de menos voy a los cines de los Champs-Élysées a ver películas de tu tierra habladas en el idioma original, pero casi siempre salgo de ellos con una pulga. Será que ha estado allí antes mi colega Christian Bérard, que dice que es él el que se las contagia a sus perros.

¡Pobre París, mi querido, mi irremplazable París! Las fachadas de sus casas se ven más grises que nunca, y estoy segura de que no se lavarán más. Y cuando se haya vuelto todo negro, completamente negro, yo me moriré pensando que tú vives al sol, y que te ríes, y que no tienes absolutamente ningún problema, porque en tu tierra todos son ricos - y felices.

CUADRO VI

Desde que MONIQUE dice "problema" las luces comienzan a apagarse lentamente mientras se encienden al mismo tiempo las de la salita de DAVE en Nueva York. BETTY, enfurecida y con los pelos caídos sobre la frente, se dirige a gritos a un interlocutor invisible, que está fuera del alcance de nuestra vista.

BETTY

¡Basta! ¡Cállate! ¡Te quieres callar esa boca de una buena vez? ¡En tres años que vivimos aquí he debido presentarme siempre sola a esas reuniones, como si Miles fuera algún hijo ilegítimo! ¡A tí no te interesa su educación, ni te importa lo que piensen de mí!

DAVE (fuera de escena)
¡Pensarán peor si voy! ¡Como me vea alguna vez entre todos esos padres y maestros, lo que diga será tan gordd, que me van a - !

La voz de DAVE queda totalmente ahogada por un clarinete enloquecido y por todos los demás elementos ruidosos de una "jazz" que BETTY encuentra providencialmente al encender la radio para cortar la discusión. No muchos segundos de este pandemonium transcurren antes de que los tubos de la puerta se estremezcan musicalmente para anunciar que alguien llama.

BETTY acude a la puerta, la abre, y ante nuestra vista surge un hombre alto, moreno, de amplios hombros, cejijunto, que nos cuesta reconocer como el STEVE que vimos en uniforme de policía militar en el segundo cuadro de "Preludio y fuga".

STEVE dice a BETTY algún santo y seña para darse a conocer, pero como ella no logra oírlo por el ruido infernal que hace la radio, se lo tiene que repetir al oído. BETTY mueve dos veces la cabeza de arriba a abajo en señal de asentimiento, extiende los brazos, echa ligeramente la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y abre la boca. Ni corto ni perezoso, STEVE le planta en ésta un beso de larga duración. BETTY lo hace pasar, cierra la puerta y apaga la radio.

BETTY
Siéntate. Ponte cómodo. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

STEVE
(tirándose cuan largo es en el sofá y apoyando la cabeza en un almohadón)
Steve. Trabajé aquí para el padre de Dave.

BETTY
¡Ah!

STEVE
¡Qué gusto estar de vuelta en América! Un beso de bienvenida así como el tuyo sólo se lo dan a uno las alemanas, que son las mejores mujeres de Europa.

BETTY
¿Y en otras partes no? ¿Las francesas no besan así?

STEVE

Sí, pero le dan al beso un significado sexual. (El mundo está lleno de costumbres raras). Y cuando se trata de un desconocido absoluto, agregan: "Son 15.000 francos por la noche, chéri, con todo incluido".

BETTY

¿Sólo las profesionales besan a los desconocidos? Qué gente más rara.

Los dos ríen. DAVE irrumpe en la habitación como una tromba, gritando:

DAVE

¿Estás loca? ¿Por qué demonios pusiste la radio a esa...?

Al ver a STEVE tirado en el sofá, DAVE se interrumpe bruscamente. STEVE se incorpora y se sienta.

STEVE

¡Viejo Dave! (Afectuosamente) ¡Hijo de perra! ¿Cómo estás?

DAVE

¡Pero esta es la semana de los aparecidos! ¡Steve! ¿Qué tal, cómo va eso? Eres el cuarto de los amigos que no veía desde París y que ahora me vengo encontrando desde el lunes.

STEVE

Memorable borrachera aquélla ¿eh?

DAVE

¿La mía o la tuya? Ya no recuerdo quién de los dos se la pescó.

STEVE

Yo tampoco. Sólo sé que empezó en el Ritz y que a la mañana siguiente nos despertamos en Bruselas.

Vuelve a estirarse en el sofá.

BETTY

¡Entonces se emborracharon los dos!

STEVE

Es muy posible. (Lo mira sonriendo) ¡Qué hijo de perra! Pero esa noche nos entendimos por primera vez.

BETTY

¡Espero que no sea la primera y la única!

STEVE

Eso depende de Dave. El raro, el diferente, es él. Y ahora que me he mudado a Great Neck eso es precisamente lo que me trae de visita.

BETTY

(a DAVE) ¿Ves? ¿No te dije que tus ideas iban a acabar por meternos en un lío?

DAVE frunce los labios. Hay una corta pausa.

DAVE

Primero hay que saber a qué ha venido este bastardo.

Pero el insulto lo dice sin la sonrisa que lo convertiría en término afectivo. Como STEVE sigue mirando al techo, BETTY se pone el pulgar y el índice de la mano derecha en las comisuras de los labios y las sube, indicando a DAVE que sonría.

STEVE

(a DAVE) ¿Sabías que he pasado estos tres años en Alemania?

DAVE

Sí. Hace quince días, cuando fuimos a Vermont a ver al viejo, me dijo que todavía estabas allí. Betty, mi amor, ve a buscar hielo para hacer unos "dry martinis" ¿quieres?

BETTY

Sí quiero, pero no ahora. La esposa perfecta consiente en que la saquen de la habitación en el momento en que la conversación empieza a ponerse interesante; pero tú sabes muy bien que no soy, ni seré nunca, una esposa perfecta.

STEVE

(con una risita) ¡Bravo! (Después de una ligera pausa) ¡Qué gran país, Alemania! ¿eh? ¡Qué cuartos de baño! ¡Qué cerveza! ¡Qué mujeres más apasionadas! ¡Y qué vitalidad tienen! Lo mismo les da un hombre por noche, que dos o tres. (Mirando a BETTY) Oh, perdón.

BETTY

¡Por favor! Sigue, sigue. Las consideraciones antropológicas de nuestros soldados me resultan siempre fascinadoras.

DAVE

(con ironía) En suma, parecería que, como tantos otros, tú lamentas que hayamos hecho la guerra contra Alemania ¿no?

STEVE

(volviendo a incorporarse y a sentarse en el sofá) Hombre, cuando uno ve la cantidad de traidores y de elementos subversivos que andan sueltos por ahí...

DAVE

(riendo) Cualquier día uno de esos políticos anormales que nunca faltan va a inventar, para hacerse una plataforma y una carrera, el infundio de que nuestro país está lleno de gentes que viven al servicio de ideologías extranjeras.

STEVE

Eso no hay que inventarlo. Eso es un hecho.

DAVE

(ríe de nuevo, pero de una manera más sombría) Pensándolo bien, sí. ¡Y son millones y millones!

BETTY

(con una risilla falsa) ¡Dave, darling! No exageres.

DAVE

¡Yo no exagero! ¿Dónde se ha producido una dictadura del proletariado como la que tenemos aquí? El invierno pasado Europa pasó uno de los fríos más horrosos de su historia. Los diarios decían que en Inglaterra se habían muerto todas las vacas; que en los Alpes las aldeas quedaban enterradas bajo las avalanchas; que en las tiendas sin calefacción los empleados atendían al público envueltos en una manta. Y en la Unión de Mineros nuestra, algún energúmeno hijo de alguno de esos millones de resentidos que vinieron aquí de suburbios donde por generaciones y generaciones se concentraron los desposeídos de una Europa feudal, se debe haber dicho: "¡Que revienten! ¡Que se hunda el continente! ¡Vamos a hacer una huelga más para que no reciban un solo pedazo de carbón! ¡Y al mismo tiempo vamos a demostrarle al Presidente de la República quién puede más!"

STEVE

Es una caricatura razonable de la verdad.

DAVE

(con cara de palo) ¡Ja ja! ¡A ver dónde los obreros se pueden dar un lujo igual! Por eso yo digo que las ideologías extranjeras han triunfado aquí y nada más que aquí. Y que como han triunfado, aquí no puede haber elementos subversivos (mirando a STEVE de hito en hito) y que miente con todos sus dientes el que diga que los hay.

STEVE

(después de una pausa larga, sacudiendo la cabeza de izquierda a derecha) No lo quería creer, pero tú no dejas lugar a dudas.

DAVE

¿Qué es lo que no querías creer?

STEVE

Que eras un "cabeza de huevo".

BETTY

(con tono falsamente ligero) ¡Calumnias! Dave tiene una cabeza redonda.
(A STEVE) Mira qué bonita de forma es.

STEVE

No te hagas la idiota. Tendrá la cabeza redonda, pero razona como un intelectual. Y ya se sabe lo peligrosos que son los intelectuales. Por algo se los llama "cabeza de huevo". A fuerza de pensar y pensar, acaba por salir a luz en ellos la cloaca que es el alma humana.

DAVE se echa a reír a carcajadas.

Dave, vamos a dejar de lado eso que acabas de decir. He venido de buena fe a invitarte a que te unas a la Federación de Veteranos que se está formando en toda esta zona. Todos los que hemos estado en la guerra debemos unirnos para que la cosa no se repita jamás.

DAVE

(una risa corta) Y para que no se repita, supongo que habrá que brindar en cada reunión por una Alemania cada vez más fuerte ¡con nuestra ayuda! ¿no?

STEVE

Tú no pareces decirlo muy en serio, pero así es.

DAVE vuelve a reír a carcajadas.

BETTY

(nerviosamente) Tú no conoces a Dave, Steve. Nunca formará parte de ninguna asociación, ni federación, ni nada. Hace tres años que vivimos aquí y todavía no he logrado que pise una sola vez las reuniones de la Asociación de Padres y Maestros! Pese a que es su deber.

DAVE

(a BETTY) ¿Para qué nos mudamos aquí? Cántesta. (BETTY queda muda) Para escapar a lo que para mí era aplastante monotonía de Manhattan. Tú me decías todo el tiempo: "Si quieres otra vida, en Great Neck se puede ser independiente; hay estrellas de Broadway, millonarios, gente que nunca se deja ver". Y yo caí en la trampa. Luego éste ha resultado ser un sitio más en que todos escapan al horrible vacío de su vida yendo todo el tiempo a reuniones y "meetings". ¡Yo no! ¡Yo pienso! ¡Y como cabeza de huevo que soy, me falta el tiempo para estar solo y para pensar!

STEVE

¿Pero qué hay de malo en ir a reuniones y cambiar ideas?

DAVE

Que lo que se cambia no son ideas. Son tics, adherencias de una rutina que en otras partes se ha dejado atrás hace veinte años. Yo no le llamo "idea" a esa monstruosa noción de que al niño hay que dejarlo libre y suelto, que se exprese como quiera, sin disciplina y sin inhibiciones. Eso es Freud de cuarta mano. ¡Vamos! ¡Como si la sociedad, cuando es hombre, no le impusiera todas las disciplinas y todas las inhibiciones imaginables!

STEVE

No te entiendo.

DAVE

Mejor.

STEVE

¿Y qué hay de malo en la amistad, en que los vecinos se visiten diariamente?

DAVE

Que eso no es amistad.

BETTY

¿Cómo que no es amistad?

DAVE

No es amistad, no; es hospitalidad y gracias. "Entra, échate en el sillón. ¿Cómo te llamas? ¡Ah! ¿Vives aquí al lado? ¡Ah! Ponte cómodo. Afloja los nervios. Tómalo todo con soda. Un momento, que voy a buscar: 1) hielo, 2) a mi mujer." En veinte años, ahí tienes la cosa más íntima que llegan a decirse los grandes amigos por estos contornos.

BETTY

Pero si una tiene un accidente en el coche y se rompe una pata, vienen a cuidar a los chicos. Y la van a visitar todos los días al hospital y a llevarle un regalo.

DAVE

Simple y elemental buena vecindad. Entra dentro del capítulo de la hospitalidad.

BETTY

Pues yo prefiero eso a decirse, en nombre de la amistad, las cosas horribles que se dicen muchos.

DAVE

Por mala educación, porque no saben cuáles son sus deberes y derechos en la amistad. El amigo es una presencia que conforta y comprende y frente a la cual, en los momentos de crisis, se puede volcar uno totalmente, como

DAVE (cont.)
se hace con un psicoanalista.

STEVE
¿Tú tienes algún amigo así?

DAVE
No, pero no lo necesito mucho, porque pienso. Por lo menos, pienso todo lo que puedo.

STEVE
Y lo reconoces a voz en cuello. Hermano, para eso se necesita valor. Lo único que te puedo decir es que debes cuidarte.

BETTY
Las apariencias engañan, Steve. Aunque Dave esté hablando siempre de cosas profundas, es bueno, es justo, es idealista. No son cualidades que están de moda, ya lo sé, pero...

DAVE
Todavía no me he recobrado de mi vuelta a Nueva York. A los dos o tres días de llegar no más me dí cuenta de que, en la guerra habían muerto cuarenta millones de personas inútilmente. El fascismo no murió nunca; siguió en pie y seguirá, porque desde que apareció la bomba atómica, el hombre tiene más miedo cada día. Pero yo no tengo miedo, Steve. Que digan lo que digan. ¡Déjalos hablar! Y que se diviertan mucho todos Vds. en esa Federación. Ya puedes repetir a tus compañeros ~~habituales~~^{fieros} lo que acabas de oír.

STEVE
¡Dios libre y guarde! Tienes ya una malísima reputación de liberal: pero si les digo todo eso ¡Dios mío, lo que pensarían de tí!

DAVE ríe a carcajadas.

BETTY
Sí, ríe no más. Está bien claro que no te importa lo que nos pueda pasar a Miles y a mí.

DAVE
La sociedad que pueda castigarte a tí o castigar a mi hijo por la forma en que yo piense no vale la pena de que yo le haga la menor concesión.

STEVE
Bien. Con eso creo que está dicho todo. (Levantándose) Lo siento, pero no puedo esperar al momento de los "dry martinis". (A BETTY) Buenas noches, corazón. Mucho gusto en conocerte. Cuídate tú también, querida... A propósito ¿cómo te llamas?

BETTY
Betty.

STEVE

¡Ah! (Le da un beso en la boca) Bye-bye.

Abre la puerta y la cierra de un portazo.

DAVE

Yo tampoco puedo esperar por los "dry martinis". Trae hielo enseguida. (Gritando) ¡Pero enseguida! ¡Porque si demoras habré acabado la botella de "gin" tal cual está! ¡Probablemente rompiéndola contra la puerta, como me gustaría romperle la cabeza a ese pedazo de alcornoque!

Blackout súbito. El acordeón toca de manera vibrante, nerviosa, entusiasta, la marcha de nuestro "Allegro".

CUADRO VII

En la oscuridad bajan de lo alto de la escena el esqueleto de puerta, el retrato de Truman y una lámpara de pantalla verde como las que alumbran habitualmente las mesas de billar, mientras avanza por izquierda el despacho de CHUCK, que al hacerse lentamente las luces sobre él está sentado con las piernas en alto y los pies recostados sobre su escritorio. CHUCK sostiene con el hombro derecho el tubo del teléfono pegado a la oreja, y con las dos manos sostiene a su vez frente a sí un pequeño montón de papeles.

CHUCK

(hablando con autoridad inusitada) No, Hilda, no. Lo he dicho bien claro. Con cada tarro de café tienen que comprar dos de maníes; y si no, nada. A mí no me van a confundir ni tú ni tus consocias. (Pausa) ¿Cómo? ¿Consideración? Vamos, hija. Los que tienen para comprar café en esas condiciones lo tienen porque roban a los demás. Y dice el refrán que quien roba a otro ladrón... (Pausa) No digas idioteces. Son bastardos, pero bastardos con madre. Y la mayor parte de las madres tienen un gallinero y dos o tres aves escuálidas a las que les vendría muy bien que les tiraran maní desde la cocina ¿no? Así comeríamos de vez en cuando pollos menos atléticos que los que nos sirven. (Pausa) No, no. A quien ponga objeciones dile que lo hacemos siguiendo un plan para mejorar al mismo tiempo la alimentación y la economía alemanas. (Pausa) Eso. Eso. (Pausa) Un momento. (Deja los papeles sobre la mesa, toma el tubo del teléfono con una mano y lo apoya sobre su pecho para taparlo) ¡Sketts! (Levanta la voz) ¡SKEETS! ¡La mirada fija en la mercadería, no en las redondeces que te pasen por delante de los ojos! (Pausa) ¡Oh, yo no necesito mirar para saber lo que pasa ahí fuera! ¡Así que mucho ojo! ¿eh? (Reco-

CHUCK (cont.)

ge el tubo y se lo aplica al oído; luego toma los papeles con una mano y continúa la conversación, bajando la voz) Hilda. Alló. ¡Ah! Aquí tengo tu hoja de ventas. Con maní o sin maní, en ninguna de estas cinco semanas has colocado más de quince kilos de café. Y te has gastado casi un kilo por semana haciéndoselo probar a tus clientes, dice una nota aquí. Pues chica, yo no me explico en qué pasas el tiempo. Te he dicho bien claro: "Una taza de café antes o después del acto", pero nada más. La muestra cuesta dinero; yo no te la doy para trámites de simple sociabilidad. No, querida. Henny, Anneliese, Fifi - cualquiera de ellas vende el doble de eso en su peor semana. (Pausa) ¿Cómo? (Pausa) ¿Estás loca? ¡Yo ni las veo! Tengo tantas docenas de mujeres que atender, que nunca me alcanza el tiempo para ellas. Ya lo sabes. Nada de estimular las ventas con contactos personales. Y dos veces por semana, menos que menos. Si te conviene la cosa así, bien, si no, ciao. (Pausa) No. No. No. Ah, otra cosa. Tienes quince días más; y si en quince días no has llegado a vender el doble de tu media actual, puedes considerarte despedida. (Con firmeza) Buenas tardes.

CHUCK cuelga el tubo y resopla en tal forma que hace agitar los papeles. En la puerta aparece la figura de SUZANNE, vestida de rojo, con los ojos y los labios pintarrajeados y el pelo notoriamente oxigenado. En cuanto contesta a CHUCK, podemos advertir en ella otro rasgo sorprendente: cuando habla, lo hace con una voz más grave que de costumbre y con un acento ligeramente alemán.

CHUCK

¡Susie! ¡Oh, Susie, baby! Sabía que acabarías por venir a mí. No sabes cómo he pensado en tí, cada minuto que me dejaban libre los negocios. ¡Pero por qué te has pintarrajeado en esa forma? Sácala el "rpuge" de la boca. (Le extiende un pañuelo, que ella coge y guarda en la mano, pero sin seguir su consejo) ¡Sácate ese "rouge", te digo! Pareces una puta.

MARIA

(porque esto es, y no SUZANNE) ¡Putá tu abuela!

CHUCK la agarra de la muñeca y la atrae hacia sí para mirarla mejor a la luz de la lámpara que cuelga del techo.

CHUCK (cont.)

¿Eres Suzanne y te estás burlando de mí? O si no ¿quién eres?

MARIA, con una sonrisa desfachatada, señala una foto que CHUCK tiene enmarcada sobre su escritorio y que nosotros no podemos ver. CHUCK no la suelta.

¡Oh, baby, baby! ¿Por qué esta comedia? ¿Te parece que no me has atormentado ya bastante?

MARIA suelta una risa aguda y chillona. El vuelve a tomarla brutalmente por la muñeca.

Esa no es la risa de Suzanne. ¿Qué quiere Vd. aquí? ¿Quién es?

Con la mano libre, y echando la cabeza hacia atrás, ella señala el retrato con un gesto de desafío. CHUCK dice despaciosamente:

"Hay gentes que, si no hubieran oído hablar de amor, no se habrían enamorado nunca".

MARIA

(invitando a CHUCK a que repita la frase) ¿Cómo?

CHUCK

No te hagas la sorda. ¿Qué pensador ilustre ha dicho eso?

MARIA

¿Qué pregunta! Si es un pensamiento, ¡Goethe! ¡El único genio que ha habido en el mundo!

CHUCK la suelta con un gesto de profunda desilusión y baja la cabeza.

CHUCK

¡Una alemana más! (Con voz sorda) ¡Váyase, váyase! ¡Déjeme en paz!

MARIA

¿Qué he dicho de malo? ¿No ha sido Goethe?

CHUCK

No, Ha sido un francés. Un viejo amigo mío... y amigo de Suzanne también.

Pausa. CHUCK mira a MARIA, se acerca a ella, le levanta una de las guedejas rubias que le cubren las orejas y, sin decir "agua va", tira de ella, quedándose con una peluca rubia en la mano y revelando el pelo negro de MARIA que, cortado a lo hombre, le dibuja netamente el contorno de la cabeza. CHUCK le da una bofetada.

MARIA

(en un grito de voluptuosidad) ¡Ayyyyy! (Avanza un paso hacia él) Aquí tienes la otra mejilla.

CHUCK
(con una risilla sarcástica) No sospechaba tantas virtudes cristianas en las de tu profesión.

MARIA
Virtud, ninguna; me gusta. ¡Hmnm! ¡Me vuelvo loca cuando me dan un soplamocos con esas ganas!

CHUCK
(asqueado) ¡Salga de aquí! ¡Le he dicho que se vaya de una buena vez!

Le da la espalda y vuelve a sentarse en su escritorio.

MARIA no se mueve. CHUCK ^{finje} ~~revisa~~ revisar sus listas. Hay una pausa más o menos larga.

¿Qué hace todavía en mi despacho?

MARIA recoge la peluca y se la pone, mirándose en un espejo imaginario que se supone esté colgado a la derecha.

MARIA
Soy amiga de Anneliese, de Hilda, de Henny... y me dijeron que quizá tuviera Vd. un puesto para mí.

CHUCK
(se vuelve bruscamente) ¿Sabe las condiciones?

MARIA
Sí. (Sonríe) Pero no pine por eso. Las otras tardes estaban todas reunidas en la esquina del Continental. Unas y otras se jactaron de tener la exclusiva de sus atenciones de hombre. Y de repente yo solté una bomba: "A lo mejor no se acuesta con ninguna" les dije. (Hace una pequeña pausa y lo mira fijamente, sonriendo) Y entonces empezaron a hacerse preguntas. Ninguna había estado nunca contigo, pero trabajaban para tí, como si fueras el amo. ¡Menudo tipo! (Ríe)

CHUCK
Amo, no. Yo no tengo porcentaje sino sobre la venta de café.

MARIA
Pero psicológicamente es como si fuera por todo. Eso es lo que ellas dejaron traslucir. Me dijeron que en tu escritorio había la foto de una chica idéntica a mí, pero que era rubia. Entonces le pedí prestada la peluca a Marlene y vine a probar suerte. A mí siempre me atraieron los tipos raros, los difíciles.

CHUCK se levanta y MARIA se acerca a él.
¡La podríamos pasar tan bien juntos! En este momento, precisamente, no tengo ningún hombre para el cual trabajar.

CHUCK toma el pañuelo de manos de MARIA y le saca el "rouge" de los labios. Luego la mira largamente y, cogiéndola por la cintura de manera brusca y casi brutal, le da un beso terrible. Los dos quedan jadeantes cuando él retira su boca para hablar.

CHUCK
Oh, baby, baby. ¡Cómo te ha esperado mi carne todos estos años!

MARIA
Sí, mi lobo.

CHUCK
No hables. ¡No hables! ¡No respire siquiera! ¡Oh, Susie, poder hundirme en tí, hundirme, hundirme! ¡Hmmm! ¡Voy a quedar muerto de felicidad!

Las luces se apagan lentamente sobre otro beso brutal que CHUCK da a MARIA. El acordeón vuelve a recordar viejos días de París tocando el refrain de Paris des depaysés. Al volver a encenderse las luces, nos encontramos en el apartamento de MONIQUE.

CUADRO VIII

Es de mañana y la dueña de casa, con un vestido dolor "bordeaux" cuya falda, que le da por la mitad de la pierna, consta de tres grandes volantes, arregla unas flores en el vaso de "baccarat". Entra DUCHESNE por foro, de paraguas, bombín, guantes grises de gamuza, "desert boots" marrones del mismo material e impecable traje cruzado de tarde.

DUCHESNE
¡Al fin te has rendido a Monsieur Dior! ¡Qué gran idea, ocultar todo ese trozo de pierna para excitarlo más a uno!

MONIQUE
(mirándose las piernas) Grande, quizá; pero no nueva. Este new look es very, very old. A la moda francesa, desgraciadamente, le pasa lo mismo que al amor: ya no se puede inventar nada nuevo.

DUCHESNE
En la moda, puede ser: en el amor no estoy tan seguro. (Arreglándose presuntuosamente el nudo de la corbata) Uno de estos días tengo que reláer al Marqués de Sade, a ver si me refresca un poco las ideas.

MONIQUE
¡Ah, Pitecanthropus Erectus! El engrandecimiento de los hombres es incommensurable.

DUCHESNE

¿Pitecanthropus Erectus? No, querida. Yo, hombre de Neanderthal y gracias. A mi edad, me parece más discreto.

MONIQUE

¿Qué edad? ¿De qué edad hablas? Tú estás retrocediendo en el tiempo, Bibí. ¡No creas que anoche no me fijé cómo se te iban los ojos tras las carnes un panto pasadas de punto de la Baronesa de Vaurien! Exactamente como si fueras un colegial de 16 años.

DUCHESNE

Es verdad, querida Minou. Mea grandissima culpa. ¡Algo le tiene que pasar a uno con los años! He comenzado a ver que no es sólo la carne de la perdiz la que resulta exquisita cuando se empieza a poner faisandée.

MONIQUE

¡Pobre Bibí!

DUCHESNE

Pero tú deberías alegrarte de esta especie de cambio de frente. Probablemente esas nuevas inclinaciones mías te permitirán descansar un poco de vez en cuando; solución ideal para una mujer que amenaza a menudo con tirar la esponja, como tú.

MONIQUE vuelve a reír. DUCHESNE contempla su nuevo vestido.

¿Publicamos un poco ese homenaje a notre cher petit Christian? En otras palabras ¿almuerzas conmigo fuera?

MONIQUE

¿Dónde?

DUCHESNE

"Chez Marius".

MONIQUE

¿Place du Palais-Bourbon? ¿Entre diputados? ¿Qué estás tramando, Bibí?

DUCHESNE

(con aire de falsa inocencia) ¿Yo? Nada.

MONIQUE

Hmm. Te has vestido como si fueras a hacer una visita al Elysée.

DUCHESNE

¡Hay que estar prevenido! ¡Eⁿ un país que cambia de gobiernos como los reyes cambiaban antes de querida!...

MONIQUE

(riendo) ¡Mucho más! ¿Por qué? ¿Hay río revuelto otra vez?

DUCHESNE

No sé. Bomba me llamó anoche para decirme que estuviera listo esta mañana a las 9. Dice que por el movimiento de las últimas 48 horas está seguro de que va a pasar algo importante. Y aquí estoy, listo para cualquier emergencia.

MONIQUE

¡Bah! Será la misma historia de cada seis meses. Un nuevo gobierno viejo que se hace cargo del poder.

DUCHESNE

¿Pero y si se trata de un nuevo gobierno nuevo? Entonces sí que podría salir impunemente a la luz pública el Conde Traian Duchesne.

MONIQUE

¡No hay cuidado! Para un nuevo gobierno nuevo se necesitan otras caras, y sencillamente no las hay.

DUCHESNE

No sé... Los otros días me presentaron a un político que ha jurado vencer al pueblo francés de que, en vez de tanto vino, beba leche.

MONIQUE

¿Quién es?

DUCHESNE

No recuerdo el nombre. Uno de sus apellidos es portugués. El otro es el nombre de un país, pero por más esfuerzos que haga, no puedo recordar de qué país. No importa. Es evidente que el pobre no va a hacer carrera. ¡Leche en vez de vino! ¡Imagínate!

MONIQUE

Una idea norteamericana.

DUCHESNE

(imitando irónicamente a una corneta) ¡Ja, ja! ¡JA, JA! ¡Venirle con ideas norteamericanas a este pueblo! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Ruidosa y exageradamente, MONIQUE y DUCHESNE ríen al unísono. Suena el timbre del teléfono, sobresaltando a ambos. DUCHESNE va decididamente hasta la mesilla donde éste descansa, pero una vez que se trata de tomar el tubo estira dos veces la mano hacia éste... y la vuelve a retirar como si se tratara de un hierro caliente.

MONIQUE

Si tanto miedo tienes, hablo yo.

DUCHESNE

Miedo no; es sencillamente un poco de aprensión. (Toma el tubo con la mano izquierda y lo aprieta contra su pecho) Ayer ví en la calle dos monjas de atrás mientras pasaba debajo de un andamio.

MONIQUE ríe.

No te rías. Como en ese momento me tropecé con Madame Ricaud y me tuve que sacar el sombrero y al mismo tiempo darle la mano, no pude hacer esto.

Levantando la mano derecha, DUCHESNE monta el dedo del medio sobre el índice como quien se propusiera conjurar una visión de mal agüero.

Un verdadero desastre.

MONIQUE

(volviendo a reír) ¡Un personaje como tú, tener esas supersticiones! ¡Parece mentira!

DUCHESNE

(mientras MONIQUE sale por foro) La superstición es la religión de los hombres superiores, Minou. (Aplicando el tubo a oído y boca) Allo! Allo! Bibi Duchesne à l'appareil, oui. ¿Bomba? (Simpáticamente) Buenos días, viejo. ¿Ha pasado algo o era pura imaginación tuya? (Pausa) ¿Cómo? (Pausa) ¿Qué explosión atómica? ¿Dónde? ¿Aquí en París? Pues yo no he oído nada. (Ríe) ¿Cómo te gustan las bromas apocalípticas! ¿eh? No por nada te han puesto "Bomba" de sobrenombre. (Pausa) Sí, sí. Me callo. Me callo. Es cucho. I said, I'm listening. (Pausa) Top secret, yes. Un momento. Si es top secret, no lo digas en inglés. Es un idioma que, bien que mal, entiendo aquí mucha gente. (Pausa) ¿Cómo? (Pausa) Pues en copto o celta antiguo ¡qué sé yo! ¡Cualquier cosa menos inglés! (Pausa) No, espera, espera. Habla bajito, con los labios bien metidos dentro del parlante.

Pausa larga. DUCHESNE cae sobre la silla y su cara se va demudando. Primero se pone blanca, luego gris, y por último verde. Su aire de consternación es total.

Bomba, si ^{esta} esta es otra de tus bromas, te juro que salgo para el Ministerio ahora mismo y te rompo el alma. (Pausa) ¡No es posible! ¡No es posible! ¡Eso sería cien veces peor que una bomba atómica lanzada en medio de la Concorde!

Otra pausa mientras toma el tubo del teléfono como si fuera algún pescuezo que va a retorcer. Al darse cuenta de lo que está haciendo, DUCHESNE vuelve a

DUCHESNE (cont.)

llamar frenéticamente a su amigo.

Allo! Allo! ¡Bomba! ¡Júrame que lo que acabas de decir es cierto! (Pausa)
¿Por quién lo juras? (Pausa) Por tu mujer, no; jura por alguien que te
importe. ¡Por Zezette! (Pausa) Así y todo ¡no es posible! ¡No te puedo
creer! ¡No hay ningún gobierno capaz de decretar así el fin del mundo!
Llama a Tuttur al aparato un momento. Perdóname, pero me inclino más a
creerle a él que a tí.

Pausa. En un cálculo febril, que hace con prisa avasalladora:

82 dividido por 15. Vamos a ver. 15 por 5 son 75, y 7, 82. Ahora, 70 dividido por 15. 15 por 4 son 60, y me quedan 10. Le agrego un cero y son cien. 100 entre 15 son 6, y me vuelven a quedar 10. Y así sucesivamente. Teníamos primero un 5, después ~~un~~ un 4, después un 6 y después otro 6. Como diez son dos tercios de 15, para los 82 millones necesito 5,466 personas y dos tercios. ¿¿Dos tercios de persona?? Sí, puede ser, cómo no. Alguien que haya perdido las dos piernas.

Después de este soliloquio, vuelve a la conversación al sonar una voz del otro lado.

Allo. (Con voz desmayada y cavernosa) Sí, habla Bibi. ¿Cómo estás? ¿Te ha dicho Bomba...? Sí, sí. (Pausa. Con tono lúgubre) Entonces, es verdaderamente cierto. (Pausa) ¡Sí, sí, el fin del mundo! No cabe duda ninguna. (Pausa) ¿Pero qué se puede hacer? ¿Dónde voy a encontrar yo en tres días 5.466 personas y dos tercios dispuestas a hacer eso por mí? (Pausa. En voz más baja aun) Sí, tantas como todo eso, sí. Gracias, viejo. Dale también las gracias a Bomba. Lástima que no lo hubieran sabido ayer. (Pausa) No, no. Lo he tomado con la mayor calma. En este mundo hay que ser filósofo. Bye-bye.

DUCHESNE cuelga el tubo y cae desmayado al suelo.

MONIQUE entra corriendo, se inclina y le da pequeñas bofetadas en las mejillas. DUCHESNE vuelve en sí, la mira y se pone a emitir risitas intermitentes y convulsivas que parecen más hipo que otra cosa.

MONIQUE

(alarmada) ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué te ha ocurrido?

DUCHESNE

Esta mañana se han cerrado todos los bancos por tres días. (Risita) Cuando los reabran, cada ciudadano de la república podrá cambiar solamente tres de los actuales billetes ~~de~~ ^{de} cinco mil francos que tenga. El resto,

DUCHESNE (cont.)
fuera de una pequeña suma que se pueda justificar, dejará de tener todo
valor. (Vuelve a soltar otra risita)

MONIQUE
No entiendo.

DUCHESNE
(levantándose) Un momentito. Te lo voy a explicar prácticamente.

Va hasta la chimenea, aprieta el botón oculto bajo la
repisa - moviendo una mayólica que oculta su escondi-
te predilecto de dinero - saca la caja, la abre con
una llavecita de su llavero y toma un fajo de bille-
tes, del cual extrae tres.

MONIQUE
¿Y eso estaba aquí en mi habitación? ¿Sin yo saberlo? ¿Si alguien entra
a robar, vamos todos a la cárcel!

DUCHESNE
Dentro de tres días yo me presento con todo este dinero al banco. El em-
pleado toma estos tres billetes y, para cumplir con un decreto oficial,
me rechaza el resto. ¿Y yo qué puedo hacer con él? Pues esto.

DUCHESNE toma el montón de billetes y los rompe. A

MONIQUE se le escapa un grito de pesar, casi de horror.

MONIQUE
¡No...!

DUCHESNE
¿Has comprendido ahora?

MONIQUE
Es increíble.

DUCHESNE vuelve a dejarse caer en el sillón. Hay una
pausa larga.

MONIQUE
(impulsivamente) ¿Pero cuánto dinero tienes guardado en billetes de cin-
co mil francos?

DUCHESNE
Toda mi fortuna, menos diez millones. Sabes demasiado bien que los bille-
tes que más se imprimieron y lanzaron a la circulación durante la guerra
son los de cinco mil.

MONIQUE - cara seria, rígida - suelta a su vez una risa
nerviosa, vagamente parecida a la de Woody Woodpecker.

MONIQUE

Hay que ver las bromitas que se gasta el destino de cuando en cuando. Menos mal que a mí nunca me importó el dinero. (Mira detenidamente a DUCHESNE) Pero comprendo cómo te sentirás tú, pobre Bibí.

DUCHESNE

No me siento. ¡No me siento en absoluto! Es como si me hubiera muerto hace un rato y mi espíritu rondara todavía el lugar del hecho. (Ligera pausa) ¿Estás segura de que mientras estaba ahí extendido en el suelo no me moriré?

MONIQUE

Por Dios, Bibí, ¿qué cosas dices!

DUCHESNE

Y ¡nunca se sabe!

MONIQUE

Aquí no se trata de morir, sino de seguir viviendo. (Con aire de inspiración súbita) Tengo una idea. ¡Bibí, reánimate, por Dios! ¡Tengo una idea! Tú sal y haz lo que puedas por tu parte: mientras tanto yo bajo a ver a los Ricaud. Por eso lado quizá pueda salvarse algo.

DUCHESNE

No. No te molestes, Minou; no vale la pena. ¡Nada vale la pena ya! ¿No te das cuenta de que ha llegado el fin del mundo? (Con un rugido repentino de león) ¡EL FIN DEL MUNDO, EL FIN DEFINITIVO Y FINAL DEL MUNDO!

Blackout repentino.

CUADRO IX

Prologadas por tres o cuatro notas fúnebres del acordeón, las luces se encienden lentamente sobre el "restaurant" de los RICAUD. Al sorprenderlos nuestra mirada Madame RICAUD y AGENOR, los dos colocados detrás del mostrador donde éste lava vasos, están riendo espontánea y entusiastamente. Ella lleva un sencillo traje negro de manga muy corta.

MADAME R.

Para tí es como si el mundo recién empezara ¿eh? Debe ser una sensación fenomenal.

AGENOR

No sé por qué, pero siempre me imaginé que la ciencia acabaría por condenarme a la vida.

MADAME R.

Suerte que tienes. A los demás parece conducirnos todos en tropel a la muerte.

AGENOR

Y a lo mejor - o más exactamente, a lo peor - ese es el deseo íntimo del hombre ¿no le parece?

MADAME R.

¡Por Dios, no digas monstruosidades, Agénor!

AGENOR

Parece una monstruosidad, sí, pero todo es posible en este mundo. ¿No ha oído Vd. hablar de unos animalitos del Canadá llamados "lemmings"? Los "lemmings" hacen todos los años su Biennale juntándose en determinado lugar - un millón, un millón y medio de ellos. A la voz de "ahora" salen todos corriendo hacia un precipicio y se tiran juntos desde lo alto. Extraordinario ¿verdad? Ese apetito de suicidio es un instinto - un instinto animal - y si ellos tienen ese instinto ¿por qué no el hombre? ¡Digo yo!

MADAME R.

¿A qué se parecen esos "lemmings"?

AGENOR

Son una especie de ratas.

MADAME R.

Como los héroes de Jean Paul Sartre.

AGENOR

Como los hombres del mundo actual, Madame Ricaud.

MADAME R.

¡Bah! Yo a esos jóvenes existencialistas los pondría bajo una ducha y les frotaría jabón por todo el cuerpo con un cepillo, mientras tú les quemabas la ropa. Apuesto cualquier cosa a que al verse limpios dejaban de pensar que eran ratas.

AGENOR

(suspira) ¡Tan hermoso que puede ser el desnudo humano!

La mira y, con su expresión impávida de siempre, baja la mirada al brazo suculento y desnudo de Madame RICAUD, lanzando al verlo un concupiscente rugido animal, como si fuera a comérselo.

MADAME R.

¡Por Dios, Agénor! ¡Me vas a hacer ruborizar! (Vuelve a suspirar) ¡Cuando recuerdo tus primeros tanteos!

AGENOR

El que no cambia, muere. ¡Madame! (Acercándose a ella y oliéndole sensualmente el brazo) Hmm. Ciencia apasionante, la anatomía.

MADAME R.

¿Estás seguro de que en esas clases todo lo que se hace es escuchar... y dibujar?

AGENOR

No. Hay también sesiones de disección.

MADAME R.

¡Jesús!

Abandonando por un momento su impavidez, AGENOR regala a Madame RICAUD una risa absolutamente maliciosa.

AGENOR

No se preocupe por lo que ocurra en esas clases, Madame Ricaud. Por las noches yo estoy siempre aquí.

La mira hambrientamente otra vez y ella da un grito. Como si ese grito fuera un conjuro, AGENOR se prende de su brazo.

¡Ah, exquisitas venillas, todas ligeramente varicosas! ¡Qué nobleza le dan a este brazo, qué clasicismo! ¡Es sencillamente irresistible!

¡Aummmm!

Y le encaja un mordiscón, al parecer tremebundo, en la parte interna del brazo izquierdo. Madame RICAUD pega un chillido de primer orden. El apasionado ataque la afecta en tal forma que tira una jarra de metal sobre la piletta que está en la parte interna del mostrador, añadiendo un señor ruido al de su garganta.

MADAME R.

(con voz ronca y en un susurro siniestro) ¡Animal! ¡Las clases que tomas no pueden ser de anatomía! ¡Son clases de canibalismo!

Pero AGENOR sonríe, impermeable a los insultos de su presa y muy satisfecho de su "performance". Entra por foro, agitado, Monsieur RICAUD.

MONSIEUR R.

¿Qué pasa aquí? ¿Qué es este escándalo?

MADAME R.

Se... se cayó la jarra y me lastimó el brazo. Ya sabes lo pesada que es.

MONSIEUR R.

(dando vueltas en torno a ella hasta encontrar la equimosis, que contempla levantando la piel del brazo) Se ve, se ve. Pesada... y con dientes. Tienes un brazo como para dar clase de anatomía con él.

Monsieur RICAUD sacude tres veces el índice mientras mira
A AGENOR.

¡Ah, hombres de mentalidad científica! ¡Qué peligro público son! Cuando estudian o investigan algo se lanzan a ello con todo el equipo. El resto del mundo y de la vida desaparece para ellos. ¡Maniáticos! ¡Paranoicos! ¡Pensar que se creen los poseedores exclusivos de la verdad! ¡La verdad no se encuentra sino en el arte!

AGENOR lo mira, suelta una risita de rubor, mira hacia el suelo, suelta otra risita y vuelve a levantar los ojos hacia su patrón, que le dice:

Cuando decidí casarme y llegué contigo a un acuerdo lo hice en el entendido de que me dejarías a la patrona siempre de una pieza. Para servir en el "restaurant" la necesitamos entera, Agénor. ¡Así que mucho ojo!

AGENOR

Sí, patrón.

Y sale corriendo por foro.

MONSIEUR R.

(a Madame RICAUD) Vete a poner árnica y un esparadrapo. Ese brazo es una indecencia. Y cuando te ataquen, ten un poco más de presencia de ánimo. Tu grito me hizo dar un vuelco al corazón. ¿Acaso no sabes lo delicado que tengo el corazón?

MADAME R.

¿Corazón? Yo creí que era el hígado.

MONSIEUR R.

Bueno, corazón, hígado, ¡lo mismo da! Cuando se es un artista sensible, una emoción repercute en todas partes. Con los ruidos que hace la gente en esta época, y las sustancias químicas que las fábricas tiran a los ríos y los gérmenes que flotan en el aire burlándose de la penicilina y el DDT, se vive envenenando, cuando no moribundo. Pero un grito de los que pegas tú ¡es el golpe de gracia!

MADAME R.

Menos mal que sufres de algo. Mira qué colores tienes en las mejillas.

MONSIEUR R.
Apoplejía ¡apoplejía pura!

MADAME R.
¡Y qué brillo en los ojos!

MONSIEUR R.
Seguramente un exceso de colesterol.

MADAME R.
Si con todo eso tienes tantos bríos ¡Dios libre y guarde lo que pasaría si estuvieras sano del todo! Sería insoportable.

MONSIEUR R.
¡No me contradigas, que me da un ataque!

MADAME R.
¡Chantagista!

MONSIEUR R.
¡Mujer fetal!

Ella se echa a reír.
Quiero decir, ¡fatal! ¿Ves? No me funciona bien el cerebro. Hay alguna obstrucción en alguna parte. ¡La trombosis está a la vuelta de la esquina!

MADAME R.
Esa obstrucción es de nacimiento.

MONSIEUR R.
¡¡Cállate y vete, que si no, exploto!!

MADAME R.
(en un ataque de prudencia inusitado en ella) Está bien, me callo. Perdóname, mon petit Henri.

Da dos o tres pasos para hacer mutis por el foro, pero MONIQUE irrumpe en la habitación por derecha. Madame RICAUD queda paralizada en su sitio al ver la expresión de ansiedad y urgencia de la visitante, que contradice el cuidado con que ha completado su "toilette" echándose encima, en otras cosas, una capita roja bordeada de piel.

MONIQUE
Bonjour, mes amis.

MONSIEUR R.
(con una inclinación de cabeza) ¿Qué pasa, señora condesa? ¿Tan temprano por aquí?

MONIQUE

Monsieur Ricaud ¿cómo está Vd. del corazón?

MONSIEUR R.

Regular, chère madame. (Mirando acusadoramente a Madame RICAUD) Pero eso es inevitable. Desde que empezó la era atómica ¿quién puede tener el corazón bien?

MONIQUE

Y del hígado ¿cómo está?

MONSIEUR R.

Pchss... Regular también. (Pausa) Pero... ¡Querida condesa! ¿Es posible que se haya dignado Vd. bajar hasta aquí sólo para interesarse por mi salud?

MONIQUE

No, no, cher Monsieur Ricaud. Su salud me interesa muchísimo, claro está. Pero he venido a un asunto concreto y, además, me temo que terrible.

MADAME R.

"Me temo que" es una de sus expresiones inglesas ¿no? Siempre que dice alguna, me temo que me da mucho miedo, señora condesa.

MONIQUE

En este caso, desgraciadamente, ese miedo no es injustificado, Madame Ricaud. Monsieur Ricaud, sírvase un "cognac", tómeselo de una vez y, por favor, siéntese.

MONSIEUR R.

Yo soy un hombre, señora condesa. No necesito ni de alcoholes ni de sillas cuando se trata de enfrentar algo, por terrible que sea.

MONIQUE

Como Vd. quiera. Los diarios de la tarde, que salen antes de la una, traerán la noticia. Los bancos cerrarán por tres días. Al reabrir, todos los billetes de cinco mil francos que hay en circulación serán inútiles. Todos menos tres por cabeza, que hay derecho a cambiar por otros nuevos.

MONSIEUR R.

¡Tres por cabeza!

Cae, y no llega al suelo porque se aferra al borde del mostrador.

MADAME R.

(en un grito) ¡Henri!

MONSIEUR R.

No grites así, que entonces sí me viene el ataque. (A-MONIQUE) Por fa-

MONSIEUR R. (cont.)
vor, señora condesa, un poco de "cognac".

MONIQUE se apresura a llenarle uno de los vasitos que hay sobre el mostrador. Levantándose un poco, ayudado por Madame RICAUD, Monsieur RICAUD logra sostenerse con una mano y tener la otra libre para beberse de un golpe el "cognac".

MONIQUE
¿Vd. también lo ha perdido todo?

MADAME R.
¡¡Henri!! ¡¡Animas benditas!! ¡Habla! La fortuna de la baldosa... está... está... está... ¿en billetes de cinco mil?

MONSIEUR R.
(incorporándose totalmente) ¡Ni hablar! ¿Con quién me confundes? Tengo unos siete y ocho billetes sueltos. Y ya es bastante grave; 25.000 francos tirados a la calle.

MONIQUE
Ni eso. Como comerciante, tiene Vd. derecho a que le reconozcan esa cantidad.

MONSIEUR R.
¡Alabado sea Dios! (A Madame RICAUD) Pero y tú ¿y tú? ¿Te crees que no me doy cuenta de todo lo que me sisas aquí y allá, y todas las propiedades que te guardas? ¿En qué clase de billetes tienes todo eso?

MADAME R.
(con una sonrisa de triunfo) Yo también estoy a salvo. Me barruntaba alguna barbaridad como ésta. Pero la veía en forma de guerra, no obra de nuestros políticos, sino de los extranjeros, que siempre tienen la culpa de todo. Y así, cada vez que salía me compraba alguna chuchería de oro. Un par de monedas aquí... una cadenita allá... unos dijes acullá...

MONIQUE
Siempre pensé que tenía Vd. un gran talento, Madame Ricaud.

MONSIEUR R.
¡Qué dirá Vd. entonces de mí! Yo he hecho lo mismo, pero tomando la precaución de hacer fundir las alhajas en grandes barras. Todas ellas sustituyen a varios ladrillos de esta casa, pero desafié al mejor agente del FBI a que los encuentre.

MADAME R.
(le da un abrazo y un beso) ¡Eres un verdadero genio, y no sólo cocinando, Henri mío!

MONIQUE

En cambio, el Conde le ha hecho confianza a todos los gobiernos de los últimos meses.

MADAME R.

Hmm. Una mala costumbre adquirida en los días de Vichy.

MONIQUE

Y lo pierde todo. De tan trágico, es cónico. Pero la ha hecho un efecto tan tremendo que yo no me puedo ni reír. Y no es que me falten ganas. ¡Cómo nos habríamos reído todos en los días de la ocupación de haber sabido que a los que traficaban con los nazis los esperaba un acto de justicia poética como éste ¿eh?

MONIQUE suelta la risa. Por un breve espasmo se le unen, con secas carcajadas, Monsieur y Madame RICAUD. Pero los tres ponen la misma expresión de tragedia cuando la risa se les corta repentinamente y al unísono.

¿Están Vds. dispuestos a ayudarnos?

Monsieur y Madame RICAUD mueven vigorosamente la cabeza de arriba a abajo.

MADAME R.

Es decir, puesto que se trata de dinero... estamos dispuestos... mediante el pago de una pequeña comisioncita ¿no?

MONIQUE

(clavándole los ojos) ¡¡ Nada más natural!!

MONSIEUR R.

(carraspeando) Hmm. Y en billetes de diez mil francos, si es posible.

MADAME R.

(con voz meliflua) ¡O aunque sea de mil!

MONIQUE

(con la ironía de que sólo ella es capaz) ¡Pero cómo no! ¡Mis queridos amigos! "Les affaires sont les affaires". Bien. Tienen que estar prontos para salir dentro de cinco minutos. (Abriendo su cartera) Aquí tiene Vd. un millón de francos, Madame Ricaud. (Le da un grueso fajo de billetes) No. Por las dudas lleve dos. Aquí tiene otro millón para Vd., Monsieur Ricaud. Y otro para Agénor. Primero vayan a las tiendecillas del barrio a comprar alguna porquería de doscientos o trescientos francos. Páguenla con un billete de cinco mil y pongan el cambio aparte. Cada uno deberá operar independientemente, pero los tres podemos ir a la misma tienda con intervalos de diez minutos. Tenemos más de dos

MONIQUE (cont.)

horas y media para comprar cuatro o cinco millones de francos de cosas. Después de asegurarnos así algún cambio suelto, iremos a las tiendas de antigüedades del barrio. Algunos habrán oído la noticia, y es de esperar que otros no. Si la compra es buena, aunque cueste diez veces más de lo que vale, pueden soltar algún billete de diez mil, para despistar. (Volviendo a abrir su cartera y sacando otros dos fajos de billetes) Para eso tiene Vd. aquí medio millón de a diez mil, Madame Ricaud, y Vd. otro medio, Monsieur Ricaud.

MADAME R.

(con un guiño a Monsieur RICAUD) Puede Vd. tener plena confianza en nosotros.

MONIQUE

Desde luego, pero el Conde quiere un recibo escrito de cada anticuario a quien le dé Vd. uno de sus billetes de diez mil.

MONSIEUR R.

Se perderá un tiempo precioso, pero ¿qué le vamos a hacer!

Monsieur y Madame RICAUD suspiran al unísono.

Ya veo la clase de zarpazo para sus finanzas que esta medida representa.

MONIQUE

¿No le he dicho que queda en la calle? Bueno ¿está claro el plan?

Los RICAUD asienten con la cabeza.

Por la tarde nos ocuparemos de llamar a los vecinos, y a los amigos de los vecinos, y a los amigos de los amigos de los vecinos, a ver si están dispuestos a cambiar otros billetes en el banco... por una comisión, naturalmente.

MADAME R.

(mientras Monsieur RICAUD se guarda cada fajo de billetes en un bolsillo y descuelga su sombrero de una percha) Hmm. No espere mucho por ese lado, señora Condesa. ¿Quién no tiene tres billetes de cinco mil guardados por ahí? Los que no tengan nada, si conozco a mis vecinos, y a los amigos de mis vecinos, y a los amigos de los amigos de mis vecinos, querrán el 99 1/2 % de comisión.

MONIQUE

¡99 1/2 %! ¡Qué hijos de... mala madre!

MADAME R.

(con una risilla falsa) Es lo que ellos decían del Conde cuando se estaba haciendo su fortuna a golpes de teléfono desde la bañera.

MONIQUE

(con un suspiro) ¡Bueno, vamos, en marcha!

MONSIEUR R.

(pegando un grito estentóreo) ¡AGENOR!

MADAME R.

¡Un momento! ¡Voy a buscar mi sombrero! (En mutis rápido por foro) ¡Hay que vestirse de acuerdo con la ocasión: y esta es una ocasión única! (Sale)

MONIQUE

(a Monsieur RICAUD) Unica, sí. Y pensándolo bien, divertida.

MONSIEUR R.

¡Habla Vd. en serio, señor condesa?

MONIQUE

¡Sí, Monsieur Ricaud! ¡Divertida, divertida! Hacía tiempo que no me sentía tan llena de vida como en este instante. ¡Mire que he hecho películas y viajes desde que terminó la guerra! Pero todo me parece como si hubiera ocurrido en un mundo muerto. Muerto, sí; no hay ya goce, ni insolencia, ni esperanza; nada de lo que componía antes la vida. ¡Cómo será la cosa que hay días ^{en} que echo de menos la guerra!

MONSIEUR R.

No diga eso, por Dios.

MONIQUE

Yo no tengo pelos en la lengua; eso lo sabe Vd. muy bien. Y le aseguro que nada ha podido darme en estos tres años la emoción de aquellos tiempos en que las mujeres salíamos a la calle a vernos las caras con el ejército ocupante, a conseguir alimentos, sacar un permiso, interceder por un vecino. La verdadera fuerza estaba en nosotras. ¿Y por qué? Porque éramos como esas mujeres árabes que, a punto de dar a luz, salen al campo a arar la tierra o a recoger la cosecha mientras sus maridos se quedan en la cama, presa de los sudores del parto. Así me siento yo ahora. ¡Vamos!

Monsieur RICAUD se la queda mirando con asombro al avanzar ella hacia la derecha en un síncope de las luces acompañado de una síncope del acordeón. La marcha se torna "refrain" triste y las luces vuelven a encenderse lentamente.

CUADRO X

Contra el forjillo que representa la fachada de los edificios volvemos a encontrar a DUCHESNE que, envuelto en un sobretodo con cuello de piel, se pasea por la calle, portafolio en mano, bisbiseando solo como un hombre que hubiera perdido la razón.

El FLIC aparece por derecha, con el uniforme más limpio que en "Pre-
ludio y fuga" y una papada nueva que agregar a la que ya tenía.

DUCHESNE

(levantando la vista, lo saluda con un pequeño temblor de esperanza en la voz) Buenas tardes, señor oficial.

EL FLIC

Sub. Todavía soy sub, señor Conde.

DUCHESNE

¡Para mí Vd. es y ha sido siempre un oficial con toda la barba! Dígame... ¿No quiere medio millón de francos de regalo?

EL FLIC

¿En billetes de cinco mil?

DUCHESNE Mueve la cabeza afirmativamente.

Muchísimas gracias, pero ¿qué podría hacer con ellos?

DUCHESNE

Empapelar su dormitorio, por ejemplo. ¿Se imagina Vd. el aire de suntuosidad...?

EL FLIC

(interrumpiéndolo) ¿Y si me enfermo y algún compañero viene a visitarme? ¿Vd. se da cuenta la reputación que me daría?

DUCHESNE

(mirándolo en los ojos) Sí, sí, desde luego. Tiene Vd. razón. (Pausa). Entonces... Vd. que conoce a todas las profesionales del barrio... y sabe que siempre andan escasas de dinero contante y sonante... ¿no podría repartir un medio millonaje entre ellas? Pobrecillas.

EL FLIC

No, no. Suponga que voy ahora casa por casa y golpeo. ¿Vd. cree que me abrirían? ¡Ni hablar! En vez de una alegría, les daría el susto más grande de su vida.

DUCHESNE baja la cabeza y la mirada.

Y si me pongo en la comisaría, cuando están reunidas como todas las noches, a repartirles la pasta a razón de veinte mil francos por cabeza, ¿se imagina Vd. el sumario que me harían? ¿Y las titulares en el "New York Herald Tribune": "Agente filántropo distribuye dinero culpable a chicas alegres"? Parece una película de René Clair.

DUCHESNE

(lúgubrementemente) Tiene razón. Entonces ¡no hay nada ~~que~~ que hacer! ¿eh? El mundo estaba bastante loco ya, pero hace tres días que se ha vuelto

DUCHESNE (cont.)

loco de romate. ¡No querer dinero ni regalado! ¿Dónde se ha visto una cosa igual? (Abre su portafolio y saca un fajo de billetes) Por cada uno de estos billetes, he pagado yo un precio terrible. Vender la conciencia, vender la moral... eso es, como de pavo al lado de las cosas que me ha tocado hacer a mí. Y ahora... ahora... ¿Vd. se da cuenta de lo que significa perderlo todo de un golpe?

EL FLIC

¡Eh! No es Vd. el único. Desde varios coches de paso han tirado millones y millones a la entrada de los pueblos. Y en Boulogne-Billancourt había esta mañana un montón de chiquillos jugando al "football" en la calle con varios fajos como ése.

DUCHESNE

(mirando el montón de dinero con aire extraviado) ¿Al football? ¿Con esto? ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

EL FLIC

(toma el fajo que DUCHESNE tiene en la mano) Permítame un momento, señor conde. Le voy a aceptar la gomita, que a mi Jean Pierre le encantará. En las hondas que hace para tirar piedras me consume docenas y docenas por semana ¿sabe? Muchas gracias.

DUCHESNE lo mira estúpidamente y vuelve a reír. Su risa se hace cada vez más fuerte, hasta parecer un sollozo. El

FLIC menea la cabeza y se aleja lentamente.

DUCHESNE

(en un estallido de protesta infantil) ¡Anormales, mis padres y mis tíos! ¡Enseñarme de niño que cada billete de banco era, no un símbolo, sino un fin en sí, una cosa con un valor real! ¡Insensatos! ¡Repetir todo el tiempo que en este mundo el dinero era el sésamo ábrete, la clave de todo! ¡Unos cuantos políticos vengativos resuelven lo contrario y aquí estamos, jugando al "football" con el sudor, la humillación, el miedo, la astucia, la voluntad desesperada de sobrevivir y de subir que tuvimos unos cuantos! (Otra carcajada con ribetes de sollozo) ¡Y nadie lo comprende! ¡Nadie se ha compadecido de mí excepto Monique! (Mira a su alrededor) ¡La pobre! Fuera de un calentador viejo, varios trapos de cocina, una colección de jaulas y dos horribles macetas de mayólica, todo lo que ha conseguido comprar con mi fortuna son cuatro cuartos de baño! (Una risa amarga) ¡Si algún día se sabe la historieta, me llamarán "el rey del bidet"! (Vuelve a reír) Pero Monique aparte, nadie ha movido un dedo. (Mira en su torno) No se sabe nunca lo solo que vive uno en el mundo. ¡Y después, en los discursos, le piden a uno solidaridad con los demás! ¡Solidaridad! ¡Está bueno!

DUCHESNE abre la mano y, en un golpe de viento, los billetes del fajo vuelan, dispersándose, hacia la derecha. Como si lo hubiera escuchado y quisiera demostrar su solidaridad con él, el árbol de la esquina suelta de repente todas las hojas de dos de sus ramas, hojas que siguen a los billetes en su vuelo por los muelles del Sena.

DUCHESNE corre a la derecha y se abraza al árbol.

DUCHESNE (cont.)

¡Hermano árbol! Tú, por lo menos, me has escuchado. ¡Qué lección de humildad! ¡Pero en nombre de quién hablas? ¡Contéstame!

Sacude al árbol, al que no se le cae una sola hoja más. ¡Bah, qué lección ni lección! ¡Estoy viendo visiones!

DUCHESNE sacude ahora vehementemente la cabeza, como si quisiera espantar esas visiones.

¡Todo en estos tres días ha sido una alucinación!

Por unos segundos, con los ojos cerrados, DUCHESNE permanece abrazado al tronco del árbol. Luego levanta la cabeza, abre los ojos y mira en derredor suyo. Percibiendo un bote que rema en el río cerca de la orilla y que sólo él puede ver, nuestro amigo se acerca a las candilejas, abre su portafolio y saca otro fajo de billetes.

¡Eh! ¡Compañero! ¡A ver si me reparte Vd. esos papeles entre sus vecinos antes de mañana!

DUCHESNE tira el fajo de billetes a la platea.

El tipo ha retirado tres. Menos mal. (Dirigiéndose de nuevo al remero invisible) ¡¡No!! ¡¡No!! ¡Con qué derecho...? ¡He dicho "papeles" pero en broma, no porque piense que es simple papel impreso! ¡Con qué derecho los tira al río? ¡Es dinero, DINERO que debía ser ORO! ¡Me oye? ¡Eh! ¡Vd.!

Los brazos, que DUCHESNE ha levantado en un gesto de protesta, caen lentamente a los costados de su cuerpo, y, mientras levanta el labio inferior en un gesto de frustración y petulancia, parece desinflarse de pronto, como si fuera un muñeco de goma.

Por un segundo permanece así. Luego levanta la cabeza, y algo que ve en el Sena parece animarlo, también de repente. DUCHESNE señala el portafolio, después de

DUCHESNE (cont.)

subirlo en alto con el otro brazo.

¡Madame! ¡Sí, Vd.! ¿Es francesa? (Pausa). ¿No? ¿Está segura? (Pausa). No. ¡Qué suerte! Suerte para mí, desde luego. (Pausa) Turista, entonces. ¿Y cuándo se marcha? ¿No quiere medio millón de francos para pagar su cuenta de hotel? (Pausa) Pues ¡qué sé yo! Un hotel de primera categoría. (Pausa) ¿Por qué se río? Con ese "tailleur" de "tweed", ese broche de oro y ese peinado, el hotel tendría que ser primerísima categoría. (Pausa) No lo es. Pero si se va luego, esta noche podría cambiar una pequeña parte en la aduana. ¡Aunque sea una parte! ¿No le parece? ¡Menos de una piedra! (Pausa) ¿Por qué no? (Pausa) ¿¿Cómo?? ¡Y qué tiene que ver el racionamiento de carne con el dinero? ¡Vamos, no sea difícil! ¡Ahí va medio millón! ¡Anímese!

DUCHESNE tira el fajo de billetes al río. Un segundo después se lo tiran de vuelta a él, dándole en un ojo. (Para sí) ¡Qué bruta! (Levantando la voz) ¡Oiga! ¿Qué se ha creído? ¿Así trata Vd. a los hombres que le hacen un regalo? ¡Vd. está loca! (Pausa) ¿Cómo? ¿Que la ración mensual de carne es así...? (Junta los pulgares y los índices para indicar un bifecillo insignificante) ¡Pero que Vd. tiene dignidad! ¡Ah, ya sé! ¡Vd. debe ser inglesa! ¿Sí? ¡Ya me parecía! (Irónicamente) ¡Buen viaje, señora! ¡Hace bien en no interesarse por el dinero; con un par de piernas así, no se morirá nunca de hambre!

DUCHESNE mira hacia la izquierda, como si siguiera el bate en que pasea la turista recalcitrante, y se quita el sombrero, manteniéndolo en lo alto con su señorío habitual.

Eye-bye, my dear!! (Para sí) ¡Inglesa! Dios salve al rey, Lo que es a mí, no me salva ni Dios. ¡Esta es la puntilla, la puñalada final; haber dado con una inglesa, uno de esos bichos raros que respetan la ley y nunca compran nada en el mercado negro! ¡De los 82 millones sólo he recuperado 750.000 francos, y el resto no lo puedo ni regalar! ¡Y por haber acudido a todas las fuentes posibles de cambios, ahora cuantos me respetaban por mi dinero sabrán que pueden escupirme en el ojo! ¡Vaya un final para alguien que se preciaba de ser un señor, un "connaissanceur", un éxito de la civilización contemporánea! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Civilización contemporánea! ¡Ya no hay civilización, ni quedan señores! Pero entonces, ¿qué soy yo, qué represento? ¿Qué es el mundo? ¡El mundo se ha convertido en un campo donde se juega al "football" con lo que más

DUCHESNE (cont.)

le importa al hombre! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡JA, JA, JA, JA, JA!

La risa de DUCHESNE es franca ahora, tan franca que constituye un motivo serio para dudar de su razón. Y al irse apagando las luces, cuanto más se ríe al sacar del portafolio otros tres fajos de billetes y mandarlos a puntapiés en diversas direcciones, más aumenta en nosotros ese temor.

FIN DEL ACTO I

ACTO II

Como prólogo a la subida del telón, el acordeón toca la briosa marcha de nuestro "allegro". Esa marcha acompaña enseguida en la oscuridad el raudo desfile, de izquierda a derecha, de otros tres carteles con los números "1949", "1950" y "1951" pintados en caracteres fosforescentes.

Tras el paso de esos carteles hay una pausa brevísima: Las últimas notas de la música mueren al hacerse la luz en el "restaurant" de los RICAUD y sorprender a la dueña sirviendo "pernod" a SUZANNE.

CUADRO XI

Son las siete de una fría tarde de primavera. SUZANNE, de pie junto al mostrador, ha guardado puesto su elegante abrigo de leopardo. Las joyas que llevaba y su pequeño turbante de "jersey" negro, cuyos pliegues se ajustan con un gran broche de rubíes rodeado de topacios, subrayan con su esplendor el color grisáceo de su piel y el prematuro desdibujamiento de sus rasgos.

MADAME R.

Segundo y último "pastisse", mi querida Madame Parmentier. No quiero que se diga que aquí se contribuyó en lo más mínimo a que Vd. se enfermara.

SUZANNE

(después de beber un sorbo) A que me hiciera alcohólica, querrá Vd. decir. ¿Pero qué quiere Vd. que haga? Mi marido me da siempre cita en "bares". Y cuando se enzarza en sus conversaciones de negocios, viene a veces con dos horas de retraso. ¿Qué puedo hacer? ¿Aceptar una de las copas que ~~me~~ mandan de otras mesas a cambio de un rato de conversación? (Vuelve a tomar otro largo sorbo de su vaso) Así, evidentemente, bebería menos. Pero si Thierry me encontrara alguna vez con otro, me mataría. Es un hombre sólido, serio - Vd. lo conoce - pero con los celos de una "vedette".

MADAME R.

¿Y entonces, cómo deja que otros la abracen en escena?

(primeros) SUZANNE

¡Bah! Abrazos de actores, esos los considera un actor de amor lésbico. Pero aunque ellos también le dieran celos, no tendría muchas oportunidades de sufrir. ¿Sabe Vd. cuánto hace que no subo a un escenario de París?

MADAME R.

No...

SUZANNE

Tres años.

MADAME R.

¿Y por qué?

SUZANNE

Porque actuar, en esta época, es casi siempre una cuestión de camaradería ... o sencillamente, de cama. Yo no pertenezco a ningún grupo, ni me acuesto en otro lecho que no sea el conyugal.

MADAME R.

¿Para qué? Vd. no necesita de esas cosas; Vd. tiene talento.

SUZANNE

(con una risa amarga) La triste verdad, Madame Ricaud, es que a estas alturas empiezo a sospechar que no. Por lo menos, no todo el necesario. Me gusta el oficio, y eso es todo.

MADAME R.

Pero en fin ¡tiene a su marido!

SUZANNE

Hmm. No mucho. Cada vez menos. Mi marido se casó con la actriz, y enseguida se lanzó a transformarla en la señora burguesa. Ahora que tiene la señora burguesa al lado, querría de vuelta la actriz.

AGENOR aparece por foro con un montón de cubiertos en la mano, con los cuales empieza a tender las dos mesas que están en primer término.

MADAME R.

Por favor, Madame Parmentier, no siga, que me deprime. Estoy tan nerviosa que creo que me voy a tomar otro "pastisse" yo también.

Se sirve el "pernod".

SUZANNE

¿Nerviosa por qué?

MADAME R.

(señalando a AGENOR con la cabeza) Ahí tiene Vd. por qué. Agénor y la ciencia son uno. Y hay que ver qué saltos pegan. La época de la anatomía y la fisiología fue estupenda para mí, pero se acabó hace más de un año y medio. (Breve pausa mientras bebe) Luego vino la energía atómica, que es también capítulo cerrado desde hace un par de meses; pero justamente por esa época mi marido agarró la posta.

SUZANNE

¿En qué forma?

MADAME R.

¡Uy! No me atrevo a decírselo. Vamos a acabar por ser el hazmerreir de toda la "Rive Gauche".

SUZANNE

(sonriendo con un asomo de travesura) Y Agénor ¿en qué está ahora?

MADAME R.

(después de llevarse el índice a los labios intimándole silencio) ¿Otro "pastisse", Madame Parmentier? Invitación de la casa esta vez.

AGENOR hace mutis por foro.

SUZANNE

No, gracias. Dijo Vd. que segundo y último, y así está bien. Me voy a dar una vuelta por ahí a mirar vidrieras. Ahora soy yo la que voy a empezar a hacer esperar a Thierry.

MADAME R.

(inclinándose) Hasta luego, madame. Por si no se lo puede pedir después, vuelve una de estas tardes ¿quiere? Necesito consejo... y ayuda, Madame Parmentier. Agénor se pasa horas y horas encerrado en sí mismo, distante. Ya se puede desgafitar una gritándole, que no contesta. Es como si ya no estuviera en este mundo.

SUZANNE

¡Pobre Madame Ricaud! Pero yo no creo que esa sea cuestión para consultar conmigo. ¿Por qué no ve a un psiquiatra?

MADAME R.

No, no, por Dios. No es nada mental, a menos que pensar empiece a ser considerado como una enfermedad también aquí. Cuando vuelve de uno de esos paseos que se me da con la imaginación, está más atento que nunca, más simpático. (Bajando la voz) Pero hay cosas un poco inquietantes. Venga temprano, a la hora en que él no está. Hágame ese favor.

Las dos levantan sus copas en un brindis tácito, beben el resto de sus "pernodes" y desaparecen, una por foro y otra por derecha. La escena queda sola unos segundos. AGENOR reaparece con vasos en una bandeja, y avanza hacia las dos mesas para continuar su tarea. Casi inmediatamente después entra DUCHESNE, pálido, melancólico, vestido de negro de pies a cabeza. Pese a que no ha hecho ningún ruido, AGENOR se vuelve a mirarlo con un sobresalto.

AGENOR

¡Dios mío!

DUCHESNE

(con una voz sin color) Buenas tardes, Agénor.

AGENOR

Me ha pegado Vd. un buen susto, señor conde. Es la primera vez que siento "cósmicamente" la presencia de alguien.

DUCHESNE

¿Cósmicamente?

Mira a AGENOR con fijeza, levantando dos veces las cejas, pero se abstiene de todo comentario.

¿El patrón no nos espera?

AGENOR

Sí, cómo no. Le extrañó un poco la hora; pero... pero...

DUCHESNE

✓ Pero a decir verdad, de mí no le extraña nada, ¿no es así?

AGENOR

✓ (diplomáticamente) Es un raro placer tenerlo aquí en la casa, señor conde.

DUCHESNE

Agradéceselo a mi mujer. El lunes resolvió que cuando no tengamos que comer fuera, comeremos fuera.

AGENOR

No entiendo.

DUCHESNE

Quiero decir, que cuando no estemos invitados por ahí, saldremos a un "restaurant". Dice que no aguanta verme masticar como un rumiante sin decir nada.

AGENOR

Y en el "restaurant" ¿habla Vd.?

DUCHESNE

¡Yo no! Habla ella, con los mozos o con el "maître". ¡Ah, qué equivocado viví durante tantos años! Ahora veo bien claro la pérdida horrible de tiempo y de dinero que es ir a un "restaurant". ¡Todo lo que le sirven a uno sabe absolutamente igual!

AGENOR

Señor conde. Si repite eso alguna vez, no lo diga muy fuerte, por favor. O se ofende el patrón, o se ofende algún cliente. Después de todo, ¡estamos en Francia!

DUCHESNE

¡Bah! Estamos en el mundo. Y en el mundo todo, todo da lo mismo, todo es absolutamente igual.

AGENOR

(ríe) ¿Ve Vd.? Aun sin quererlo, sigue siendo el hombre más espiritual del barrio, señor conde. Vamos, sonría. ¡Anímese un poco! El patrón le tiene

AGENOR (cont.)

guardada, para tomar como aperitivo, una botella de Puligny-Montrachet del 45, que como Vd. sabe, fue uno de los mejores años de este siglo.

DUCHESNE

¡El 45! ¡El 45 fue el año de mi casamiento! Y todo casamiento es un desastre. Lo único bueno es que siempre le hace uno el amor a la misma mujer. Así se ahorra una cantidad de técnicas y de cambios de frente que son otra pérdida de tiempo... porque todas las mujeres son iguales.

AGENOR vuelve a reír.

¿De qué te ríes? ¿Qué puede tenerte tan contento en este mísero mundo?

AGENOR

¿Quiere que le diga la verdad?

DUCHESNE

Te lo ruego.

AGENOR

Lo que me tiene contento es la idea de que este mundo no es el único. Está bien claro que somos ciudadanos de séptimo orden en un planeta de cuarto.

DUCHESNE

¿De cuarto qué?

AGENOR

De cuarto orden. Los científicos no hablan nunca con propiedad, pero yo sí.

DUCHESNE

¿Y qué es lo que te ha dado esa idea?

AGENOR

(acercándose a él y bajando la voz) Vd. pensará lo que quiera; pero yo creo en los platillos volantes, vale decir, en la vida en otros planetas.

DUCHESNE

(con asombro) ¿Cómo?

AGENOR

No es posible que la gente se vuelva loca por sólo unas horas y crea verlos hoy aquí, mañana allá, pasado acullá, en las partes más remotas o más pobladas del mundo; no es posible que un domingo de tarde, aun desde las pantallas de radar, todo Washington sufra una alucinación colectiva viendo esos discos ir y venir por la ciudad, más rápidos que la luz y que el pensamiento.

DUCHESNE

¿Y cuándo ha pasado eso?

AGENOR

Hace cerca de un año.

DUCHESNE

Nunca lo supe.

AGENOR

Porque - permítame el atrevimiento, señor conde - Vd. está muerto. Pero yo le aconsejo que resucite con confianza. Si la tierra explota uno de estos días, tanto peor; pero el Universo va a seguir. Y en el Universo hay tipos más listos que nosotros; tipos que utilizan ya la fuerza magnética para viajar por el espacio. Por eso recibimos la visita de esos platillos volantes. Y hace más de veinte siglos que vienen a la tierra y que se ven siempre en la misma forma.

DUCHESNE

¡Así que de la ciencia pura te has pasado a la ciencia-ficción!

AGENOR

¡Eh! La ficción es una manera de decir la verdad sin asustar demasiado a la gente ¿no cree Vd.?

DUCHESNE lo mira y suelta una risa seca, dura, sin sonrisa; una risa de "robot" sacudido en la entraña de sus cables electrónicos.

DUCHESNE

Anda, vo, tráeme un jugo de tomate. Y dile a Monsieur Ricaud que no malgaste su Puligny-Montrachet en mí; que se lo ofrezca a alguien con suficientes ilusiones como para creer que sabe distinguir entre un jugo de fruta... y un jugo de fruta, aunque el último sea fermentado.

AGENOR

(poniéndola una mano en el hombro) Muy bien; pero Vd. piense y repiense en lo que le he dicho, señor conde. Yo creo que ahí, y sólo ahí, está la salvación.

MONIQUE y CHUCK entran por derecha, ella con un tamborcillo de raso rosado sobre la cabeza, perlas y un abrigo de astrakán; el con un "Eden hat", un grueso sobretodo de pelo de camello, un diamante en el dedo, un traje azul cruzado y un grueso cigarro en la boca, respirando prosperidad y autoridad.

Acodado sobre la mesa, con la barbilla recostada sobre los puños cerrados, DUCHESNE tiene la mirada fija en un punto.

DUCHESNE

¡Platillos volantes! ¡Qué disparate!

Al volverse AGENOR para dirigirse a la cocina, tropieza con MONIQUE y CHUCK.

AGENOR

¡Oh, perdón! Buenas tardes, señora condesa. (Inclinándose con cierta indiferencia ante CHUCK) Monsieur...

CHUCK

(sonriendo) Preparen, apunten...

AGENOR

¡Fuego! (Reconociéndolo) ¡Monsieur Chuck! ¿Es posible? ¡Qué bien está Vd.! ¡Qué porte, qué aire! No parece que fuera Vd.

CHUCK

¿Y quién entonces?

AGENOR

Su padre.

CHUCK

(riendo sarcásticamente) ¿Mi padre? (Le da un abrazo) Gracias, Agénor.

AGENOR

Digo, por la importancia, por la importancia que tiene. Y por el peso.

CHUCK

¡Y aunque fuera por la edad! ¡Bah! Eso no me preocupa. "Pocas personas saben ser viejas", como dice La Rochefoucauld; pero yo hago todo lo posible por aprender.

MONIQUE ríe.

AGENOR

Con permiso. (Y hace mutis por foro)

MONIQUE

(acercándose a la mesa de DUCHESNE) ¡Conque La Rochefoucauld tenemos! ¿eh?

CHUCK

(encogiéndose de hombros) Me sé 55 de sus máximas. A las hausfraus alemanas les encantan. En los momentos íntimos las hago desternillarse de risa diciéndoles, por ejemplo: "La razón de que amantes y queridas no se aburran de estar juntos es que hablan todo el tiempo de sí mismos". Y si no levanto el dedo para indicar que es una cita, creon que se trata de una frase mía. Éxito fenomenal.

MONIQUE ríe francamente, y DUCHESNE, levantándose, saca de su máscara de tragedia, siempre incommovible, un

cacareo que a la distancia podría confundirse con una risa.

MONIQUE

(a CHUCK) Mi marido, Bibí, este es Chuck Peters, que después de cinco años en Alemania, se vuelve por fin a los Estados Unidos.

DUCHESNE

¡Cinco años en Alemania! ¿Tanto le gustó?

CHUCK

Psch. (Vuelve a encogerse de hombros) Ni gustarme, ni disgustarme. "Nunca es uno tan feliz o tan desgraciado como cree ser".

DUCHESNE

Levante el dedo.

CHUCK

¿Por qué?

DUCHESNE

Porque esa es otra frase de La Rochefoucauld.

CHUCK

¡Es verdad! Me la estaba apropiando sin darme cuenta.

AGENOR vuelve a entrar, trayendo en su bandeja el jugo de tomate y la botella de Puligny-Montrachet.

MONIQUE

Gracias, Agénor.

AGENOR inclina la cabeza y sale.

DUCHESNE

¿Y se puede saber por qué deja Vd. la noble tierra de Goethe?

CHUCK

Le voy a ser franco. Allí ya no se puede vivir honestamente del mercado negro, tanto han repuntado las cosas para todo el mundo.

MONIQUE

(riendo) ¡No hay como perder la guerra para pasarla bien!

CHUCK

(con el primer toque de verdadero cinismo que podemos observar en él)
Falta ver ahora si lo que he aprendido haciendo esa clase de negocios es justo lo que se necesita para vivir honestamente en Manhattan.

Los tres ríen.

MONIQUE

Perdona que comemos tan temprano, Chuck, pero Bibí, después de su crisis

MONIQUE (cont.)

espiritual, no puede soportar la vista de la gente. De todos modos, tendrás ese reencuentro que pedías con Suzanne. Es bueno que vez a qué alturas de prosperidad te ha llevado la ambición.

CHUCK

Reencuentro, no; un vistazo final antes de volver a lo de uno. Y además, "Se pasa a menudo del amor a la ambición; pero es raro que se vuelva de la ambición al amor".

MONIQUE le toma el índice, a CHUCK, le levanta la mano y se la deja así. CHUCK ríe.

DUCHESNE

(volviendo, con un esbozo de sonrisa, a la conversación) Si nuestro querido La Rochefoucauld viviera en la actualidad y fuera ventrílocuo...

CHUCK

¿Yo sería su muñeco predilecto? Muy posible. ¡Ya se pueden reír Vds. de mí todo lo que quieran! Yo sé qué derechos de autor se pueden cobrar en Nueva York en nombre del duque. El suyo es pensamiento "personalizado"; algo que impresiona más todavía que tener las iniciales de uno bordadas en las ligas o los tirantes. Y si uno cita las máximas de un filósofo europeo - aun las más mínimas - puede ahorrarse los dos kilos de orquídeas que de otro modo hay que mandar a la dueña de casa cuando lo invitan a una cena de negocios.

MONIQUE

Después dirán que los americanos no tienen aptencias intelectuales.

MONSIEUR R.

(entrando por foro) ¡Monsieur Chuck! ¡Señor conde! ¡Señora condesa! Desolado por haberlo hecho esperar todo este rato.

MONIQUE

Tiene Vd. cara de haberse echado una siesta, querido Ricaud.

MONSIEUR R.

Perdón. Es lo que pasa a veces cuando le salen bien a uno ciertos ejercicios "yogi".

DUCHESNE

¿Ejercicios "yogi"?

MONSIEUR R.

¡Y...! En alguna forma hay que recuperar la energía que nos hace perder la radiación atómica.

CHUCK

Repítame un poco eso:

MONSIEUR R.

No, Monsieur Chuck. Cuando hablo de estas cosas no me entiende nadie; los médicos, menos todavía.

MONIQUE

Pero, cher Monsieur Ricaud, Vd. nunca nos ha explicado bien lo que sentía.

MONSIEUR R.

¿Para qué? Lo explique o no, la etiqueta de loco no me la saca nadie de encima. (Mira el vaso de DUCHESNE) ¡Señor conde! (Con tono de reproche) Tsk, tsk. ¿Es así como aprecia Vd. mi Puligny-Montrachot?

DUCHESNE

No me dé manjares ni vinos preciosos, querido Ricaud; dóme un par de nuevas glándulas salivares, otro paladar, otro cerebro.

CHUCK

(ríe) ¡Pues sí que está buena la gente en esta ciudad del can-can, del "champagne" y del "amour"!

MONIQUE

(cón su habitual ironía) Ahora que te vuelves a América, podrás ver cuánto mejor está la gente allí.

CHUCK

(vuelvo a reír) Me lo imagino. En los años que hace que falto toda mi familia ha empezado a ir al psicoanalista; el viejo, mi hermanita, un tío, dos primas... ¡Ah! y también mi mejor amigo. El deporte les debe costar en conjunto unos 20 mil dólares al año.

DUCHESNE

(completamente en serio) ¡Qué país formidable! ¡Hasta de la locura saben hacer una gran industria!

CHUCK

¿A Vd. no se le ha ocurrido nunca ver a un psicoanalista, Monsieur Ricaud?

MONSIEUR R.

No, gracias. Yo nací en una época en que la gente se psicoanalizaba sola. Sé perfectamente lo que me pasa, y también lo que le pasa al mundo; lo terrible es que el mundo no lo sepa.

CHUCK

No entiendo.

MONSIEUR R.

¡Bah! Sólo un hombre con sensibilidad de artista podría entenderme.

DUCHESNE

Hace bien, querido Ricaud. No pierda el tiempo en dar explicaciones. ¡La

DUCHESNE (cont.)

gente es sorda! ¡Se está irremisiblemente solo! ¡Se habla en el desierto!
A eso ha quedado reducida la civilización.

MONIQUE

No exageres. Habemos todavía unos cuantos radioescuchas sueltos. (A RICAUD) Vamos a ver. ¿Qué lo dice su sutilísima sensibilidad? ¿Qué siente Vd.?

MONSIEUR R.

¿De veras quiere saberlo? No, no. ¡Se van a reír de mí! Alguna otra vez.

MONIQUE, CHUCK y DUCHESNE

(a coro, con cómico tono de decepción) ¡Oooohhh!

Entra SUZANNE por derecha, pero aunque ella y MONIQUE se saludan, se sienta en la otra mesa. Al verla CHUCK va a saludarla y, besándole la mano, junta los talones con teutona rigidez militar. SUZANNE se pone pálida, pero no dice nada. Después de inclinarse, RICAUD hace mutis por el foro.

CHUCK

¡Susie! Wie geht es Ihnen? Es freut mich, Sie zu sehen.

SUZANNE

Y tú, ¿cómo estás, Chuck?

CHUCK

Danke, sehr gut.

MONIQUE

¿Sabías que Suzanne era Madame Parmentier?

CHUCK

(inclinándose ante SUZANNE con cara falsamente compungida y apretándole la mano con cierta brusquedad) Ach! Eurlaben Sie mir, Ihnen mein herzliches Beileid aus zusprechen.

SUZANNE

(dirigiéndose a MONIQUE, que sigue sentada en la otra mesa) ¿Qué dice?

MONIQUE

(riendo) Por la cara, parece que te diera el pésame.

CHUCK asiente con repetidos y vigorosos movimientos de cabeza.

SUZANNE

(con los labios apretados) Muy gracioso. No sólo sabemos cómo está, sino también dónde: todavía en Frankfurt.

CHUCK
¡Ah! ¿Te saludó en alemán? (Con una risa de desparpajo mundano) Perdóname. Lo hago a menudo; reflejo condicionado.

MONIQUE se levanta y se acerca a ambos mientras DUCHESNE - nuevamente alejado en espíritu - se pregunta:

DUCHESNE
¡Platillos volantes! Y después de todo ¿por qué no?

MONIQUE
Bonjour, ma cocotte.

SUZANNE
(besándola) Bonjour, mon poulet.

MONIQUE
Ven a sentarte con nosotros.

SUZANNE
No puedo. Thierry vendrá de un momento a otro.

MONIQUE
Querrás decir de una hora a otra. Ga va. Todos conocemos a estas alturas a tu Thierry. Vamos, ven.

SUZANNE
No sé...

CHUCK
¿Qué pasa? ¿Temes estar sentada un rato junto a mí?

SUZANNE
¿Yo? ¿Pgr qué? ¿Qué ocurrencia!

CHUCK, mientras las dos amigas se trasladan a la otra mesa, toma un vaso de la mesa de SUZANNE para llevarlo a aquélla.

DUCHESNE
(siempre para sí) ¡Visitantes del espacio! ¡Ah, si fuera verdad, por lo menos habría una esperanza!

SUZANNE, con un ligero gesto de burla, le pone la mano delante de la cara para que la bese. DUCHESNE se pone de pie y lo hace así mecánicamente, sin mirarla, mientras sigue su soliloquio.

Una esperanza, sí, pero al mismo tiempo ¡qué golpe para nuestro orgullo de gusanos! De ese sí que no nos repondríamos nunca.

MONIQUE
(haciendo castañetear los dedos en la nariz de su marido) ¡Bibí! ¡Yujuu! Estamos en el "restaurant" de los Ricaud. Ven a hacernos una visita ¿quieres?

CHUCK y SUZANNE ríen y se sientan.

SUZANNE
(a CHUCK) Y tú ¿no temes estar sentado un rato conmigo?

CHUCK
No. Por extraño que te parezca, Susie, me siento absolutamente cómodo a tu lado. Ha pasado el tiempo ¡qué duda cabe!; pero ha pasado bien.

SUZANNE
No entiendo.

CHUCK
Quiero decir, que estoy curado. Virtudes de la ausencia, como dicen.
Ríe con risa poco sincera.

SUZANNE
¡Virtudes de la ausencia! Hmm. Un buen amigo mío dijo una vez: "La ausencia disminuye las pasiones mediocres y aumenta las grandes, así como el viento apaga las velas y enciende los grandes fuegos".

MONIQUE
(irónicamente) ¡Disculpe!

Mirando a SUZANNE, CHUCK, MONIQUE y DUCHESNE levantan los tres el índice. Luego rompen a reír.

SUZANNE
¿Y eso? ¿Se han vuelto locos?

CHUCK
No. Pero permítame responderte a esa cita con otra: (Levantando su índice) "La duración de nuestras pasiones no depende más de nosotros mismos que la de nuestra vida".

DUCHESNE
Goal norteamericano. Bravo.

CHUCK
Pero no sé por qué hablamos de pasión. Aquí se trata de amistad. (Volviendo levantar el índice) Y "Pgr más raro que sea el verdadero amor, lo es todavía menos que la verdadera amistad".

MONIQUE
(mientras da a SUZANNE el vaso de vino que le ha servido) ¡Boy! Te has aprendido la cartilla ¿eh?

DUCHESNE
(de nuevo en su soliloquio) Pero si ellos vienen acá ¿por qué no vamos a poder nosotros ir allá?

MONIQUE lo mira, mira enseguida a CHUCK y SUZANNE y vuelve a encogerse de hombros.

CHUCK
(a SUZANNE) ¿Y cómo va ese matrimonio, baby (carraspea) quiero decir, Madame Parmentier?

MONIQUE
Perfecto. En vez de esperar a su marido en casa, Suzanne lo espera en bares y "restaurants". Es una prueba de gran camaradería la que le da Thierry.

SUZANNE suelta una risa nerviosa.

CHUCK
Pero además te quiere ¿no?

SUZANNE
(acercándose a él para que vea mejor sus pendientes) Mira.

CHUCK
Magníficos. Pero yo hablaba de querer, no de comprar regalos.

SUZANNE
¿Y es que en tu tierra querer y comprar regalos no son sinónimos?

MONIQUE
(conciliatoria) Aquí también lo son. Por lo visto, nos estamos americanizando.

DUCHESNE
(siempre en punto y aparte) ¿Y cómo se podría poner uno en comunicación con esos otros seres, mentalmente? Es probable. Pero en tal caso ¿qué clase de mente habrá que tener? (Suelta una risa seca) That is the question.

MONIQUE
Bibí. (Castañeteando nuevamente los dedos en la nariz de DUCHESNE) Despierta. Aunque uno sea un genio, está visto que es imposible comunicarse con nadie, y menos mentalmente. ¡Vuelve a la tierra, vamos!

SUZANNE
(con una mirada de desafío a CHUCK) Regalos aparte, soy feliz, Chuck. He hecho un buen casamiento.

CHUCK
(sonriendo y volviendo a levantar el índice) "Hay buenos casamientos; no los hay deliciosos".

MONIQUE

¡Vamos, Chuck! Como broma, ya está bien.

CHUCK

Hablo perfectamente en serio, Monique.

SUZANNE

(a CHUCK, con cierta furia contenida) Yo también. Y soy feliz ¿sabes? Mi marido tiene defectos - como todo el mundo - pero le cae simpático a la gente.

CHUCK

Es natural, "En el comercio de la vida agradamos más a menudo por nuestros defectos que por nuestras buenas cualidades".

MONIQUE, agarrando el índice de CHUCK, le levanta la mano

MONIQUE

¡Hijo de tu madre! ¿Creías que se nos iba a pasar ésa?

SUZANNE

(con una sonrisa amarga) Para ser franca, ya ni sé cuándo habla el duque o cuando habla nuestro erudito amigo.

MONIQUE

Lo importante es que, hable uno u otro, lo que se siente es la voz de un hombre celoso.

CHUCK

(con otra sonrisa) ¿Celoso yo? Es posible. (Levantando el índice) "Los celos nacen siempre con el amor, pero no mueren con éste".

SUZANNE

(en el límite de su paciencia) ¿Vas a acabar de una vez con ese imbécil de La Rochefoucauld?

DUCHESNE

Déjalo. Le falta muy poco para marcar un "record".

SUZANNE

Todo para que esas ignorantes de norteamericanas crean que aquí en Europa se ha convertido en un genio. ¡Yo no soy norteamericana, que conste! Todo lo que sea antología me aburre mortalmente.

CHUCK

Perdón, Susie, perdón, pero aunque no estoy seguro de no haberla dicho ya, no puedo aguantar las ganas de citar otra máxima.

MONIQUE

¡¡No!! ¡Nos taparemos los oídos! ¡O, lo que es más grave dada la clase de voz que tiene Bibí, cantaremos!

CHUCK

Es la última. Porque el aburrimiento de Susie baby me hiera. (Levantando el índice) "Perdonamos con frecuencia a los que nos aburren, pero no podemos perdonar a los que aburrimos".

MONIQUE suelta la risa.

¿Lo había dicho ya?

MONIQUE mueve la cabeza negativamente.

Es extraño. Juraría que sí. ¿Por qué será que tenemos tanta memoria para recordar en sus menores detalles algo que nos ha ocurrido, y tan poca para acordarnos de la cantidad de veces que se lo hemos contado a la misma persona?

MONIQUE y DUCHESNE vuelven a levantar el índice. CHUCK protesta con vehemencia.

¡Ah, no! ¡Se acabaron las bromas! ¡Eso es mío, enteramente mío! ¡Juro que se me acaba de ocurrir!

MONIQUE

¡Esto sí que está bueno; el muñeco se toma por el ventrílocuo!

SUZANNE

(levantándose) Una señal para que parte del público se retire.

MONIQUE

Suzanne ¡por favor! ¿Vas a hacer tanto caso de una chiquillada? Cálmate. Siéntate. Vamos, ¡siéntate! Chuck ha exagerado la nota, pero después de todo, deberías sentirte halagada. Este recital La Rochefoucauld es una prueba concluyente de que no te ha olvidado, ¿eh?

SUZANNE

Ni olvidado, ni perdonado. Pero como le oiga una sola cita más, le rompo la botella en la cabeza. (A CHUCK) Tenía hambre cuando te conocí, y miedo de morir, y veinte años, y nada que ponerme encima. Y me puse las máximas del viejo duque. Pero ahora estoy sana, y soy una mujer casada, y he visto cosas y me he puesto a pensar por mí misma. La lección estaba bien los primeros dos minutos, ¡pero ahora se acabó, se acabó, se acabó! ¡Buenas noches! O mejor dicho, ¡adiós para siempre!

Sale corriendo por derecha.

CHUCK

¡Susie!

Se levanta pero luego, lentamente, vuelve a la mesa.

MONIQUE

Yo también habría hecho lo mismo que ella. No has tenido ninguna piedad. Cuesta reconocer en tí al Chuck de antes.

CHUCK

¡Qué quieres! He aprendido lo que es el mundo.

DUCHESNE

Con perdón sea dicho, no se nota mucho que digamos.

CHUCK

Tienen Vds. razón; he sido un animal.

Pausa, durante la cual su mirada pasea distraídamente por la salita del "restaurant".

Yo que creía estar tan sereno y haber dejado todo eso tan atrás.

MONIQUE

Yo creo que lo has dejado. Porque está claro que nunca la perdonaste. Y ya que te sabes tan bien la cartilla, recuerda que: "Levantando el índice a su vez) "Se perdona en tanto que se quiere", Chuck.

DUCHESNE

(a CHUCK) Mi amigo, no le haga caso nunca a una mujer. Ni aunque cite frases de hombres o tenga un aire muy espiritual, como nuestra Monique. (Levanta el índice) "La espiritualidad de la mayor parte de las mujeres sirve más para fortalecer su locura que su razón".

CHUCK

(levanta el índice y lo baja enseguida como si lo tuviera cansado; enseguida levanta el índice izquierdo y dice:) De acuerdo, pero "Quien vive sin locura no es tan sabio como cree". (Con falsa alegría) ¡Por eso me vuelvo a los Estados Unidos! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

MONIQUE y DUCHESNE sonríen. Alti~~n~~ apagar~~se~~ rápidamente las luces, empieza él a servir vino. Por unos momentos se escucha una vez más el "refrain" gris y melancólico de "Paris des depaysés", estribillo que se pierde en el aire al volver a hacerse la luz en la salita del apartamento de MONIQUE.

CUADRO XII

Han transcurrido unos meses, y aunque no sea otoño de verdad, lo es en la atmósfera de la habitación y en el aire y tono tanto de DUCHESNE como de MONIQUE.